

LA PESADILLA DEL MARXISMO TRADICIONAL. LA ESCUELA DE FRANKFURT Y EL GIRO FALLIDO DEL CAPITALISMO POST-LIBERAL (1914-1970)

*The Nightmare of Traditional Marxism. The Frankfurt School
and the Failed Turn of Post-liberal Capitalism (1914-1970)*

CLÉMENT HOMMS*

clementhoms@orange.fr

Fecha de recepción: 15 de octubre de 2016

Fecha de aceptación: 17 de diciembre de 2016

RESUMEN

Este artículo analiza la relación de la primera generación de la Teoría Crítica con el marxismo en el marco de la transición de un capitalismo liberal a un capitalismo post-liberal. Se subraya el peso de las tesis de Friedrich Pollock sobre el capitalismo de Estado y sobre la automatización de la producción en los desarrollos teóricos de las figuras más representativas: Horkheimer, Adorno y Marcuse. Lejos de superar los planteamientos del marxismo tradicional a la luz de los cambios en el sistema capitalista, dichos teóricos quedarían atrapados en sus contradicciones. Estas contradicciones y las insuficiencias de la teoría crítica son analizadas desde la perspectiva de la crítica del valor.

Palabras clave: Marxismo, Escuela de Frankfurt, Teoría Crítica, Crítica del valor, Técnica, Capitalismo post-liberal.

ABSTRACT

This paper analyzes how the first generation of Critical Theory approached Marxism in the context of the transition from liberal to post-liberal capitalism. It further focuses on the influence of Friedrich Pollock's theses on state capitalism and the automation of production in the theoretical work of Horkheimer, Adorno and Marcuse. The analysis reveals that, far from overcoming the approaches of traditional Marxism in the light of the historical changes in capitalism, these theorists remain trapped in its contradictions. These contradictions and the insufficiencies of critical theory are analyzed from the perspective of the critique of value.

* Autor y ensayista francés.

Key words: Marxism, Frankfurt School, Critical Theory, Critique of Value, Technique, Post-liberal Capitalism.

“La idea según la cual el capitalismo dejó atrás la desregularización de los mercados para dar paso, gracias al papel activo del Estado, a una autorregulación consciente, ha gozado de gran popularidad en el corazón de la izquierda. No obstante, esta visión carece por completo de fundamento. Según Marx, una de las características propias del capitalismo es la de funcionar como un “sujeto automático”, por lo que no cabe esperar que este comportamiento se haya reducido a una fase histórica determinada. Los *procesos fundamentales* determinantes para el desarrollo capitalista, se han desarrollado siempre a espaldas de la sociedad y sin su control. La idea según la cual el sistema capitalista puede ser capaz de autorregularse, adquirió credibilidad precisamente en la época del milagro económico. Esto fue debido, principalmente, a un cambio real y central que permitió la puesta en marcha de un programa keynesiano, que con toda certeza no afectaba nada más que a un segmento muy particular del sistema económico, pero que fue lo suficientemente importante como para generalizarse a todo el conjunto de la estructura capitalista.”¹

Ernst Lohoff y Norbert Trenkle

INTRODUCCIÓN

Desde los años 20, y sobre todo durante el decenio posterior a la crisis de 1929, muchos contemporáneos percibieron en las transformaciones sociales que observaban, una ruptura con el capitalismo liberal del siglo XIX, e incluso con el capitalismo en sí mismo. El mundo social se hacía pedazos y cambiaba de rostro: recrudescimiento dentro del proceso de producción de una *economía de guerra total* durante

¹ Ernst LOHOFF y Norbert TRENKLE, *La Grande dévalorisation. Pourquoi la spéculation et de la dette de l'État ne sont pas les causes de la crise*, (trad. al francés de Paul Braun y Vincent Roulet), Fécamp: Post-éditions, 2014, pág. 216s.

los conflictos mundiales y nuevas organizaciones fayolistas², tayloristas y posteriormente fordistas del trabajo, mientras que una creciente automatización activaba cada vez más el aparato productivo tras la Segunda Guerra Mundial. En el Este la hipertrofia de la estructura estatal tomaba la forma del “Gran Giro” que Stalin había iniciado en 1929 (planificación y colectivización) y, en Occidente, tras el abandono del “Estado velador”³ del antiguo liberalismo con el New Deal y el keynesianismo iniciado en los años 30 y a continuación con el estado de bienestar organizado a partir de 1943 por el Plan Beveridge en el Reino Unido, así como en todos los demás países occidentales al final de la guerra, la planificación se convertiría en un vehículo clave para la reconstrucción de una Europa devastada. Una vez superada la crisis de mutación que tuvo lugar entre 1929 y 1945 en la sacudida brutal de la gran depresión, los estados totalitarios y la guerra, las contradicciones objetivas del viejo capitalismo liberal existente hasta ese momento parecían estar superadas, controladas y transformadas. Todavía más, de la matriz de la sociedad capitalista en mutación parecía estar naciendo una nueva sociedad.

Este sentimiento también fue compartido por los actores políticos contemporáneos. Así lo vemos en el mensaje anual pronunciado por Roosevelt en el Congreso, en el año 1935. El presidente norteamericano animaba a los estadounidenses a “abandonar aquella concepción de la adquisición de riquezas que, a través de la acumulación excesiva de beneficios, crea un poder privado que carece por completo de sentido”⁴. Las corrientes más planificadoras de su administración insistieron en que “no se podía seguir confiando en la libre competencia para salvaguardar los intereses de determinados grupos sociales”. A partir de ese momento “la estabilidad residiría en la fusión de las empresas y en la cooperación bajo el *control federal*”⁵. Al otro lado del Atlántico, Adolf Hitler, en el memorándum secre-

² El fayolismo es una teoría de la gestión y de la organización de la empresa, desarrollada a finales del siglo XIX por el francés Henri Fayol (1841-1925). Sus postulados tuvieron gran éxito entre los ingenieros y directivos de empresas después de la publicación de su obra *La administración industrial y general*, publicada en 1916.

³ Ernst LOHOFF y Norbert TRENKLE, *La Grande dévalorisation.*, op. cit., pág. 189. A finales del siglo XIX, el “Estado velador” (*Etat-veilleur de nuit*) liberal comenzó a transformarse y a conocer una mayor participación del Estado en la economía, sobre todo en la asunción de *los gastos incidentales* para la producción de riqueza capitalista (principalmente en el dominio del sistema educativo y de las infraestructuras del transporte).

⁴ Citado por David HARVEY en *Brève histoire du néolibéralisme*, Paris: Les prairies ordinaires, 2014, pág. 257.

⁵ Arthur SCHLESINGER, *L'Ère de Roosevelt : la crise de l'ordre ancien 1919-1933*, vol. 1, Denoël, 1971 (1re éd. 1956), cursiva de C.H.

to que dio forma al Plan Cuatrienal de 1936 sobre el rearme, apuntaba a que “la nación no vive para la economía [...]. La economía, los dirigentes y las teorías económicas deben ponerse *al servicio* del combate para la afirmación de nuestra nación”⁶. En 1933, Henri de Man logró que el partido obrero belga y después la CGT adoptaran las ideas de la “planificación” que inspiraron la mayor parte de los planes de intervención económica en Europa Occidental, antes y después de la guerra: “el Plan, solo el plan y nada más que el plan”. Esa fue la consigna de los social-demócratas belgas. La intervención del Estado, de manera aún más vigorosa todavía que la propuesta keynesiana, debía ser directa y con capacidad para dividir a la economía en tres sectores: un sector público nacionalizado, un sector controlado por el Estado y un tercer sector “libre”.⁷

Del lado de los intelectuales y teóricos, observadores de un mundo en el que ellos no tenían mucha influencia, cada uno buscaba proponer un nuevo marco, más o menos teórico, para analizar los cambios producidos. En sus análisis, a pesar de la diversidad de puntos de vista, puede apreciarse claramente un sentimiento común. Para el historiador y economista austriaco Karl Polanyi, “la civilización del siglo XIX se había derrumbado” en los años 20-30, dando paso a una “Gran transformación”⁸ de la que él mismo podía defender muchos rasgos; para Horkheimer (igual que para Adorno o Marcuse), esos mismos años significaron que “un período con una *estructura social propia* ocupaba el lugar de la economía libre”⁹. El capitalismo liberal y monopolístico cedía su sitio al capitalismo de Estado, también llamado “Estado autoritario”; en el año 1940, al otro lado del Atlántico, en clara oposición al esquema del alumbramiento automático de la sociedad socialista a partir de la sociedad capitalista, el teórico marxista estadounidense James Burnham tiene la impresión de vivir “un período de transición muy rápida entre dos tipos de sociedad”¹⁰. En su opinión, “el capitalismo ha desaparecido completamente en un

⁶ Citado por Ian KERSHAW, *¿ Qu'est-ce que le nazisme ? Problèmes et perspectives d'interprétation* Gallimard, Paris, 1997, pág. 114, cursiva de C.H.

⁷ Ver Georges LEFRANC, “Le courant *planiste* de 1933 à 1936”, en *Le Mouvement social*, n°54, 1966 y Jacques AMOYAL, “Les origines sociales et syndicalistes de la planification en France”, en *Le Mouvement social*, n°87, 1974.

⁸ Para una crítica del pensamiento de Karl Polanyi, cf. Clément HOMS, “Critique du substantivisme économique de Karl Polanyi”, en *Sortir de l'économie*, n° 4, 2012, disponible en <http://sortirdeleconomie.ouvaton.org>.

⁹ Max HORKHEIMER, “L'État autoritaire” (1940), en *Théorie critique*, Payot, 1978, pág. 330. Existe otra traducción de este texto realizada por Claude Orsini y publicada en el n.º 28-29 de la revista *Études de marxologie*, junio-julio de 1991, que no hemos podido consultar.

¹⁰ James BURNHAM, *L'ère des organisateurs*, Paris: Calmann-Lévy, 1947, pág. 9.

número cada vez mayor de países. Está en retroceso en todas partes en tanto que sistema social, bien porque ha sido suprimido radicalmente o bien por las importantes transformaciones internas a las que ha sido sometido”¹¹. Burnham elabora la teoría de la “Revolución gerencial” y pronostica que “la sociedad capitalista se verá sustituida por la ‘sociedad gerencial’ y que, de hecho, la transición entre la sociedad capitalista y la sociedad gerencial ya se está realizando”; George Bataille, por su parte, veía en 1949 en el Plan Marshall “una profunda negación del capitalismo” y por lo tanto una “transición repentina de un mundo a otro, de la primacía de los intereses aislados a la del interés general”¹². Su compatriota Jacques Ellul, en 1954, sacó conclusiones definitivas sobre estas transformaciones, apuntando que a partir de ese momento “criticar al capitalismo no tenía mucho sentido, ya que *no es él quien crea el mundo, es la máquina*”¹³. A través de la técnica, la política

¹¹ Ibid., prólogo, pág. XXIII.

¹² George BATAILLE, *La part maudite*, París: Minuit, 1967 (1949), pág. 239, 232. Bataille piensa que es la acción subversiva y agresiva del proletariado mundial y de la URSS la que determina la política norteamericana, que, si los Estados Unidos quieren evitar la revolución mundial, no tiene otra opción más que realizar un vasto plan Marshall para elevar el nivel de vida del mundo, lo que impulsaría, “más allá de los cambios producidos con el reparto de la riqueza, un cambio más profundo de las estructuras” (pág. 241). Bataille, termina por ver en el plan Marshall la condición de posibilidad que va a permitir en el futuro un mundo en el que el crecimiento “se alcance mediante el gasto” (pág. 248). “Sin pretenderlo, Truman, estaría preparado hoy una apoteosis definitiva (y secreta)” hacia la superación del capitalismo (pág. 249). El autor continúa afirmando: “De esta forma comienza [en Europa], un desplazamiento hacia una estructura similar a la de la URSS y hacia una economía relativamente estatal. Los Estados Unidos se debaten en contradicciones irresolubles. Defienden la libre empresa, pero se desarrollan dando importancia al Estado. Sólo están haciendo su camino, tan lentamente como pueden, hacia el punto hacia el que la URSS se ha precipitado”. George BATAILLE, *ibid.*, pág. 242.

¹³ Jacques ELLUL, *La technique ou l'enjeu du siècle*, París: Armand Colin, 1954, pág. 3. J.-L. Loubet Del Bayle subraya que Ellul permaneció muy marcado por la definición de la técnica propuesta por el grupo *Orden Nuevo*. Ellul definió la técnica, efectivamente, como “la preocupación por investigar con el método más eficaz”. En *La revolución necesaria* (París, 1933), Arnaud Dandieu y Robert Aron, los dos principales intelectuales del *Orden Nuevo*, ya habían escrito que la técnica, definida como “un esfuerzo real de reflexión y de imaginación para poner en marcha una economía de fuerzas”, “es el distintivo del mundo del hombre en tanto que hombre” (Jean-Louis LOUBET DEL BAYLE, “Aux origines de la pensée de J. Ellul ? Technique et société dans la réflexion personaliste de los años 30”, en Patrick TROUDE-CHASTENET (dir.), *Sur Jacques Ellul: un penseur de notre temps*, Bordeaux-le-Bouscat: l'Esprit du Temps, 1994, pág. 201). Del mismo modo que ocurrirá en Ellul, la técnica moderna se comprende entonces de forma ahistórica y descontextualizada, como un simple producto del pensamiento, el resultado de un proceso espiritual profunda y fundamentalmente humano, y no como mediado por formas sociales, es decir, como una relación social históricamente específica que se inscribe en el dinamismo de las formas sociales capitalistas (en el seno de la co-determinación recíproca entre las dos dimensiones del trabajo, que Postone recoge en la categoría de “efecto noria”). El concepto utilizado por el *Orden Nuevo* y Ellul es una fantástica retroproyección sobre las sociedades no capitalistas del trabajo (del que Ellul solo denuncia el culto y la ideología) y de la técnica capitalistas, que ellos ontologizan como parte de un hipotético metabolismo

prevalece sobre la economía, pues “el soberano aleccionado sobre las técnicas económicas determina la economía en mayor medida que esta modela al Estado”¹⁴. En el extremo opuesto de estos planteamientos interpretativos, encontramos en Alemania, a Axel Honneth, representante del teoreticismo burgués, que cerró este ciclo interpretativo a principios de los años 80, argumentando que “las sociedades contemporáneas no pueden aprender nada de la crítica a la economía política” ...

Podríamos multiplicar los ejemplos de este sentimiento de transformación del capitalismo liberal en otra realidad social, que a veces incluso pudiera parecer diferente al propio capitalismo. Una nueva teoría, con herramientas teóricas innovadoras, como ya ocurrió entre 1914 y 1975¹⁵, era necesaria para entender mejor esta

del hombre y la naturaleza. Ellul sigue la estela de estos dos autores y de su filosofía de la historia tecnocéntrica, que reinterpretaba las transformaciones sociales y “la historia de Europa y Occidente a través de una dialéctica de los cambios materiales y espirituales vinculados especialmente con los cambios en la técnica” (ibid., p. 31). Una técnica entendida siempre “con su doble naturaleza de fenómeno espiritual por sus orígenes y de fenómeno material por sus consecuencias inmediatas en términos ‘de economía de energía’” (ibid., p. 32). Ellul piensa, pues, que hay que distinguir antes 1930 el “capitalismo” como categoría dentro de Occidente y, después de 1930, la “técnica” como categoría que puede englobar los bloques del Este y del Oeste. Porque, para él, el sistema del bloque del Este no forma parte del capitalismo y, en Occidente, donde la búsqueda autonomizada de una “economía de fuerzas” (la eficacia, la racionalización, etc.) parece haber sustituido a la búsqueda del beneficio, desde su punto de vista la categoría “capitalismo” no sirve para nada. El concepto de “técnica” permite captar de manera conjunta el capitalismo burocrático y el capitalismo occidental, que encuentran las mismas soluciones tecnológicas debido a la dinámica inmanente de las formas sociales capitalistas, dinámica a la que Ellul es incapaz de referirse. Ellul no ve que el desarrollo tecnológico –frente Ellul, que habla de “técnica”, es mejor hablar de “tecnología”– y el capitalismo (incluida su forma de “socialismo realmente existente”) están totalmente imbricados: la tecnología necesita determinadas condiciones sociales (personas desarraigadas, por ejemplo) y el plusvalor solo puede obtenerse gracias al crecimiento del uso de la tecnología en el sistema de producción, a expensas del uso decreciente de la fuerza de trabajo. Esta disminución permite al capitalista individual bajar los precios de sus mercancías y ganar momentáneamente espacios de mercado. La lectura de Marx que Ellul hace en sus cursos le impide superar el marxismo tradicional y alcanzar el nivel de la lógica argumentativa más profunda del “Marx esotérico” (R. Kurz), el Marx de la crítica de las categorías/formas sociales básicas del capitalismo. Es por ello que no termina de comprender, por ejemplo, los conceptos de “plusvalor relativo” o de “subsunción real”.

¹⁴ Jacques ELLUL, *L'illusion politique*, Paris: La Table Ronde, 2004 (1965), pág. 32. Para un punto de vista crítico sobre Ellul, especialmente sobre esta cuestión controvertida de “la autonomía de la técnica”, cf. Serge LATOUCHE, *Jacques Ellul contre le totalitarisme technicien*, Paris: Le passager clandestin, 2013, págs. 30-50.

¹⁵ A decir verdad, este intervalo es bastante artificial y sólo busca evocar una periodización que continúa sin estar clara. La fecha de 1914 corresponde más bien a *la economía de guerra* que por otra parte fue puesta en práctica sólo a partir de 1915 en los Estados beligerantes. Sin embargo, la misma secuencia de interpretación teórica podría remontarse a la interpretación de la salida de la crisis del capitalismo mundial (1870-1893). Así como ocurre en la generación de teóricos que intentó comprender el después de 1929, a partir de los años 1890 y durante la década siguiente y hasta 1914 se encuentran formulaciones y debates próximos a ciertos aspectos de la post-crisis de 1929. A finales del siglo XIX, las interpretaciones y las consecuencias en el campo teórico de la salida de

realidad. Poco importa si se piensa que el marxismo no ha permitido en absoluto

crisis fueron diversas. 1. En el campo de la economía política burguesa el principal producto de la crisis fue el triunfo del marginalismo –con la teoría subjetiva del valor y su teoría del equilibrio general– puesto en práctica por la economía política clásica; 2. Por otra parte, la década 1890 vio aparecer repentinamente el término de “imperialismo” en el centro de las interpretaciones post-crisis (cf. Eric HOBBSBAWN, *L'ère des empires. 1875-1914*, Paris: Hachette, 2004, págs. 83-84). “En estos 15 o 20 últimos años, observaba Lenin, sobre todo desde las guerras hispanoamericanas (1898) y anglo-bóer (1899-1902), la literatura, y también la política, del Viejo y el Nuevo Mundo se fija cada vez más frecuentemente en la noción de “imperialismo” para caracterizar la época que vivimos” (Vladimir Ilich LENIN, *L'impérialisme, stade suprême du capitalisme*, Paris: Éditions sociales, 1975, pág. 17). El libro del economista inglés liberal John A. HOBSON, *Imperialism: A Study* (New York: James Pott & Co., 1902) hizo época insistiendo en el nuevo papel del Estado. Todos los contemporáneos vivían una segunda colonización que es la única a la que puede establecerse en el seno de las formas y la dinámica del capitalismo. Mientras que, al término de la primera colonización en 1800, Europa solo poseía el 35 % de la superficie del globo, el viejo continente controlaba el 84 % en 1914 (Geoffrey PARKER, *La révolution militaire*, Paris: Gallimard, 1993, pág. 147). 3. En el campo de la socialdemocracia europea también la post-crisis sacudió el campo teórico. La salida de crisis en 1893 no solo implicará la fuerte conmoción del revisionismo sino también el surgimiento en el corazón de los debates de los tres conceptos de “monopolio”, “capital financiero” e “imperialismo”. Sabemos que la socialdemocracia se apodera entre 1900-1914 el término “imperialismo” para teorizar sobre las características de una nueva fase del capitalismo distinguiéndose de las teorías imperialistas burguesas del poder: el fenómeno imperialista fue así el centro de las reflexiones de Lenin (*El imperialismo, fase superior del capitalismo*, 1916), por supuesto de Rosa Luxemburg en su teoría de la crisis de realización del plusvalor y hasta de Georg Lukacs, que todavía hablaba en 1919 de “fase final imperialista del capitalismo” (en *Histoire et conscience de classe*, Paris: Ed. de Minuit, 1960, pág. 261). Junto a las tesis revisionistas, la interpretación de la salida de la crisis de 1893 también conduce a las tesis “neo-armonicistas” como las de Karl Kautsky, Rudolf Hilferding y Otto Bauer (ver su polémica con Henryk Grossmann), que ya pensaban que la acción del Estado podía eliminar las crisis económicas, crisis que interpretaban como la consecuencia de un desequilibrio entre diferentes industrias y sectores de la producción. El subtítulo del libro de Hilferding *El capital financiero* (1910) era “la fase más reciente del desarrollo del capitalismo” (hacemos notar por otra parte que, en su crítica de la Escuela de Fráncfort, Jean-Marie Vincent atribuirá de un modo un tanto severo y un poco injusto a Adorno y Horkheimer una mera repetición de las tesis de Hilferding). Para Lenin, “el antiguo capitalismo tiene los días contados. El nuevo constituye una transición” (op. cit., pág. 66), “se puede establecer con bastante precisión el momento en que el nuevo capitalismo definitivamente sustituyó al antiguo: es a principios del siglo XX” (ibid., pág. 26), “el capitalismo se transformó en imperialismo” (pág. 28), “el siglo XX marca el cambio donde el antiguo capitalismo abre paso al nuevo, donde la dominación del capital financiero sustituye la dominación del capital en general” (pág. 67). “El imperialismo es el capitalismo llegado a un punto de desarrollo en el que se ha afianzado la dominación de los monopolios y del capital financiero, donde la exportación de los capitales ha adquirido preponderancia, donde ha comenzado un reparto del mundo entre los trusts internacionales y se ha concluido el reparto de todo el territorio mundial entre los países capitalistas más grandes” (ibid., pág. 131; Lenin replica en las págs. 132-142 a la polémica de Kautsky con esta definición del imperialismo). En las teorizaciones “neo-armonicistas” del período anterior a la guerra, las tesis de Eduard Bernstein fueron refutadas afirmando finalmente que no había teoría del colapso en Marx. Se puede consultar sobre estas cuestiones el artículo de Karl Korsch que presenta numerosos aspectos de los debates marxistas de estos años. Estas premisas sentadas en los años 1890-1914 de la secuencia teórica de 1914-1975, que se desplegó sobre todo a partir de los años 1920, están vinculadas a un primer aumento de los gastos públicos y a un abandono de ciertos aspectos del Estado liberal “velador” a finales del siglo XIX. El Estado empezó a asumir grandes sectores del coste inducido (gastos incidentales) por la segunda revolución industrial a finales del siglo XX.

comprender el período precedente o si se le reconoce haber sido adecuado para pensar la sociedad burguesa del siglo XIX. Las mutaciones contemporáneas que demuestran el supuesto economicismo de la teoría de Marx habrían hecho necesario abandonar la antigua crítica de la economía política marxista o bien revisarla y completarla mediante otros enfoques, abordando otras metodologías y objetivos para adecuarla a las transformaciones observadas. De esta forma, apareció un crisol de campos semánticos con nuevas teorizaciones y nuevos conceptos, que intentaron explicar y categorizar la naturaleza profunda de la nueva sociedad. Así se acuñaron los conceptos de: “capitalismo colectivo” de tipo monopolista (Hilferding), de “racionalización” y de “poder carismático” (Weber), de “crisis de civilización” (Freud), de “Gran mutación” hacia la “organización total” por medio de “estructuras de organización” (Charbonneau), de “Estado autoritario” y de “razón instrumental” (Horkheimer y Adorno), de “Gran transformación” (Polany), de “sistema técnico” (Ellul), de “sociedad unidimensional” (Marcuse). Sin olvidar los de “economía de guerra”, “sociedad gerencial” (Burnham), “Molussie” (Anders), “sociedad industrial” (Aron), “megamáquina” (Munford), “Estado-providencia” y los “sistemas totalitarios” (Arendt), “capitalismo burocrático” (Castoriadis), “capitalismo monopolístico” (Baran y Sweezy), “monopolio radical” (Illich) o “tecnoburocracia” (ciertos medios anarquistas, durante los años 70), “sociedad programada” (Touraine), etc. Para muchos autores, desde los liberales a los marxistas, el punto en común de este campo conceptual interpretativo producido entre 1914 y 1975 fue la idea fundamental de que *la política en forma de intervencionismo estatal y expandida al fenómeno burocrático, incluso a la técnica –o al menos al aparato organizativo e instrumental del que pocos eran conscientes–, podría ser ahora, a raíz de la superación del Mercado, el principio más profundo de la estructuración de la sociedad moderna*¹⁶. Se trató de la idea de una

¹⁶ El historiador británico Ian Kershaw habla en 1985 a propósito de la Alemania nacionalsocialista de la naturaleza “policrática” de un “cártel de poder”, cuyas relaciones entre sus componentes (bloque nazi, gran empresariado, militares) habrían evolucionado en los últimos años de la guerra. De totalmente interdependientes en 1933, las relaciones entre estos componentes habrían abocado a una nueva configuración, a una “autonomía relativa” del bloque nazi y más particularmente del complejo SS-Policía-Servicio de Seguridad. Según él, no hay pues de entrada primacía de la política sobre la economía, como lo piensan los liberales, incluso aunque al final de la guerra compruebe un “primado de los objetivos ideológicos y políticos sobre los fines y los intereses económicos” (IAN KERSHAW, op. cit., p. 96). Este autor señala: “ambas tesis opuestas –primacía de la política o primacía de la economía bajo el III Reich– [...] siguen siendo un tema central de controversia en la interpretación de la dictadura. Los historiadores continúan estando profundamente divididos sobre la cuestión –debido a divergencias a la vez político-ideológicas e histórico-filosóficas” (ibid., pág. 100). “Es verdad que las repetidas intervenciones del Estado tanto en el mercado de trabajo como en el del capital, añadidas a la retirada autárquica del nuevo imperio alemán de los mercados mundiales,

suerte de vuelco del modelo de la producción capitalista, que, dejando atrás la anarquía de los mercados, se elevaría gracias al papel activo de las “estructuras” (el Estado y la técnica, esencialmente) hasta una autorregulación consciente e, incluso, hasta una formación social inédita, que no podría ser calificada como propiamente *capitalista*.

Como no podemos abarcar la totalidad diversa y en ocasiones opuesta de las tesis referidas *al primado de la dimensión política y técnica sobre la económica*, nos centraremos en la primera generación de lo que se ha venido llamando “la Escuela de Fráncfort”¹⁷. Una crítica de izquierdas a ella ha sido durante décadas la denuncia de revocación, traición y abandono a finales de los años cuarenta de la crítica marxista de la economía política¹⁸. Como contrapunto a éstas tesis, el historiador estadounidense Moishe Postone defendió que *el desplazamiento de una crítica de la economía política hacia una crítica de la razón instrumental, de la industria cultural y de la dominación política*, “no significaba, en ningún caso, el abandono de la crítica de la economía política, sino que reflejaba una cierta concepción de la dimensión

ciertamente habían engendrado un capitalismo muy diferente del analizado por Marx. Sin embargo –prosigue Kershaw–, sería vano especular con lo que habría podido ser la naturaleza y el papel del capitalismo en un ‘nuevo orden’ nazi victorioso porque, después de todo, la dinámica loca y nihilista del nazismo era incompatible con la construcción y la reproducción de un orden económico sostenible, cualquiera que sea” (pág. 126).

¹⁷ Recordemos que esta denominación apareció al regreso del Instituto a Alemania después de la Segunda Guerra Mundial y que era al principio un atajo –finalmente aceptado– utilizado por los medios conservadores para estigmatizar en el panorama académico a un instituto que habría sido de inspiración marxista en el período anterior a la guerra. Este término plantea hoy un problema doble, de una parte, sugiere una unidad verdadera y teórica de sus miembros –mientras que todo prueba lo contrario– y, por otra parte, pretende fijar de manera estática un corpus teórico olvidando su carácter fuertemente procesual y evolutivo desde los años 1920 a los años 1970.

¹⁸ No obstante, sería muy caricaturesco reducir la obra de Jean-Marie VINCENT, *La théorie de l'Ecole de Francfort* (Paris: Galilée, 1976) y su texto “Adorno ou la stagnation de la dialectique” (en *Fétichisme et société*, Paris: Anthropos, 1973) a esta posición. El punto de vista de la crítica realizada por Vincent contra la Escuela de Fráncfort no es el de la ortodoxia marxista y, en concreto, de su tendencia marxista revolucionaria trotskista, que afirmaría que “uno no se aleja impunemente los modos de análisis proporcionados por la crítica de la economía política”, como defienden precipitadamente numerosos comentaristas tales como Gilles MOUTOT (*Essai sur Adorno*, Paris: Payot, 2010, pág. 10). El punto de vista de Vincent –que atravesará por otra parte toda su obra, que fue muy solitaria en la galaxia de los marxismos– será el de una refundación radicalizada de la crítica de la economía política más allá de su comprensión clásica y errónea entre los marxistas. Vincent tiene razón sobre un punto, hay que buscar en un tal Marx los medios para corregir los defectos de Adorno y Horkheimer, y este es el punto sobre el que hay que discutir a Vincent de manera crítica cuando no se aparta todavía suficientemente del marxismo tradicional en ciertos aspectos.

político-económica de la transformación del capitalismo [...]”¹⁹.

«La transformación de la teoría crítica –el paso del análisis de la economía política a una crítica de la razón instrumental– no significa que los teóricos de la Escuela de Fráncfort hubieran *abandonado la primera, en beneficio de la segunda*. En realidad, esta transformación deriva y se asienta en un análisis particular de la economía política y, más concretamente, en una comprensión tradicional de la crítica marxiana de la economía política»²⁰.

La interpretación de esta mutación hacia el capitalismo postliberal “se enraíza profundamente en numerosos supuestos tradicionales sobre la naturaleza y el curso del desarrollo capitalista”²¹. Lejos de haberlos abandonado, paradójicamente, siguen siendo fieles a una interpretación tradicional de la crítica a la economía política que debería concluir, lógicamente, en buscar su centralidad y llevarnos hasta los rincones más escondidos de sus presupuestos²². Por ello, es indispensable volver al marxismo tradicional y analizar “el grado en el que la teoría crítica ha permanecido siendo prisionera de él”²³.

En continuidad con el análisis de Moishe Postone, insistiremos –más de lo que se ha propuesto en *Tiempo, trabajo y dominación social*– en el contexto y el tenor de

¹⁹ Moishe POSTONE, “La Théorie critique et le XX^e siècle”, en *History and Heteronomy: Critical Essays*, Tokyo: The University of Tokyo, 2009, subrayado por el autor (traducción de Stéphane Besson, en internet).

²⁰ Moishe POSTONE, *Temps, travail et domination sociale. Une réinterprétation de la théorie critique de Marx*, trad. de O. Galtié y Luc Mercier, Paris: Mille et une nuits, 2009, pág. 181 (abreviado posteriormente en *TTDS*).

²¹ Moishe POSTONE, *ibid.*, pág. 133.

²² No desarrollaremos aquí numerosos aspectos de las reflexiones de Postone sobre la teoría crítica. Para él, “la ampliación” o el “descentramiento” de la crítica de la esfera económica a la crítica de la política, la ideología y la razón instrumental, no sólo conlleva numerosas dificultades teóricas insalvables debido a que la primera generación de la Escuela de Fráncfort sigue siendo prisionera del marxismo tradicional, sino que además debilita la capacidad de comprender ciertos aspectos del capitalismo que constituyen el núcleo de la crítica de la economía política (y que han escapado tanto a la Escuela de Fráncfort como al marxismo tradicional). Además, dado que este nuevo análisis está vinculado fundamentalmente a la idea de una realidad social no contradictoria y sin dinámica interna, también acaba en una posición fundamentalmente pesimista y arruina la posibilidad de que la Teoría crítica sea autorreflexiva de modo coherente en tanto que crítica inmanente. Sobre todos estos puntos, hay que rescatar a Postone, *ibid.*

²³ *Ibid.*, pág. 135. “Los esfuerzos de Pollock y Horkheimer para analizar el carácter modificado del capitalismo postliberal revelan que las categorías de la crítica tradicional no son la expresión adecuada del núcleo del capitalismo [...]. Aunque hubieran mostrado que estas categorías eran inadecuadas, Pollock y Horkheimer posteriormente no pusieron en tela de juicio los presupuestos tradicionales. El resultado es que no llegaron a reconstruir una crítica social adecuada. Es la combinación de estos dos elementos de su enfoque lo que llevó al pesimismo de la Teoría crítica”, *ibid.*, pág. 140.

los debates sobre el capitalismo que se generaron en el seno de la “Escuela de Fráncfort” en los años 30. De esta manera podríamos comprender con mayor precisión la interpretación del capitalismo postliberal de Friedrich Pollock y su influencia determinante hasta 1968 en Adorno, Horkheimer y Marcuse. Una identificación que los dejará completamente atrapados en contradicciones que sólo la constitución de una metafísica de la historia problemática tratará de superar especialmente en los dos primeros autores.

Para finalizar mostraremos, siguiendo a Postone y a la corriente de la “crítica del valor” (*Wertkritik*) y la crítica de la “disociación del valor” (*Wert-Abspaltungskritik*), constituida en torno a Robert Kurz y las revistas *Krisis* y *Exit!* en Alemania²⁴, que las estructuras estatales, políticas, técnicas, industriales, burocráticas y organizativas, lejos de ser externas a la forma de vida social capitalista y de constituir una posibilidad para su superación, encuentran su lugar de ser en la trayectoria histórica que recorre la dinámica inmanente y no lineal que constituye la relación-fetichismo propia del capital. A través de la reinterpretación teórica de las formas sociales capitalistas propuesta por Postone, intentaremos demostrar aquí la naturaleza intrínsecamente capitalista tanto del Estado moderno como del modelo industrial productivo, cuyo despliegue desde la década de 1930 no constituye un alejamiento de la dinámica histórica inmanente al capitalismo, sino una de sus configuraciones históricas particulares. Contrariamente a lo que pudieron pensar numerosos teóricos en el período que va de 1914 a 1975, es más la configuración de la relación entre el estado y la economía la que cambia que la sociedad capitalista en su conjunto, que permanece atrapada por una dinámica destructiva, no lineal y en constante aceleración. Esta dinámica debería entenderse en el plano de las formas cate-

²⁴ Sobre esta corriente, podremos ver en francés, además de la obra de Postone ya mencionado, su última obra *Critique du fétiche capital. Le capitalisme, l'antisémitisme et la gauche* (Paris: PUF, 2013, trad. de L. Mercier et O. Galtier); Ernst LOHOFF y Norbert TRENKLE, *La Grande dévalorisation*, op. cit.; así como del grupo KRISIS, *Le manifeste contre le travail* (Paris: Lignes, 2002), las obras de Anselm JAPPE, *Guy Debord. Essai* (Paris: Denoël, 2001), *Les Aventures de la marchandise. Pour une nouvelle critique de la valeur* (Paris: Denoël, 2003) y *Crédit à mot. La décomposition du capitalisme et ses critiques* (Paris: Lignes, 2011), las obras de Robert KURZ, *Avis aux naufragés* (Paris: Lignes, 2005), *Vies et mort du capitalisme* (Paris: Lignes, 2011), *Lire Marx* (Paris: La balustrade, 2013); del colectivo QUELQUES ENNEMIS DU MEILLEUR DES MONDES, *Sortir de l'économie* (Vierzon: Le pas de côté, 2013); también ver en la obra de R. POULIN y P. VASSORT (dir.), *Sexe, capitalisme et critique de la valeur. Pulsions, dominations et sadisme social*, Mont-Royal (Québec): M éditeur, 2012, el artículo de Roswitha SCHOLZ, miembro de *Exit!*, “Le sexe du capitalisme. Remarques sur les notions de ‘valeur’ et ‘dissociation-valeur’” y un resumen de sus tesis en el artículo de Johannes VOGELE en la misma obra, “Le côté obscur du Capital. ‘Masculinité’ et ‘féminité’ comme piliers de la modernité”; así como la obra de Roswitha SCHOLZ, *Simone de Beauvoir aujourd’hui* (Lormont: Le Bord de l’eau, 2014).

goriales duales y fetichistas modernas, la mercancía, el trabajo abstracto, la forma valor, el plus-valor y el dinero. Lejos de haber sido superada hoy, la trayectoria de esta “forma-contexto” cambiante que estructura a priori la actuación social contemporánea se encuentra actualmente agotada. La relación del capital, en tanto fetiche (o “sujeto automático”, como dice Marx) que reproducimos sin cesar en miles de acciones, se encuentra en una crisis estructural cada vez más insuperable.

1 LA ESCUELA DE FRANKFURT Y EL GIRO DEL CAPITALISMO POSTLIBERAL

Como sabemos, en el año 1924, Félix Weil, Friedrich Pollock y Max Horkheimer, inauguraron el Instituto de Investigación Social y el 22 de junio su primer director, el historiador y economista austriaco Carl Grünberg, cuyos alumnos de Viena fueron el origen de la corriente austro-marxista, “concluyó su discurso de inauguración afirmando explícitamente su adhesión personal al marxismo”²⁵. Así mismo, precisó que el Instituto no debía convertirse en un canon inamovible de verdades eternas, lo que constituye el primer signo de este marxismo “abierto” que atribuimos a la “Escuela de Frankfurt” de postguerra²⁶. Pero si bien dentro del Instituto fue criticado el dogmatismo de la II y la III Internacional, no es menos cierto que la mayoría de sus componentes, a mediados de los años 20, estaban inscritos en el USPD y en el KPD, o bien eran simpatizantes del movimiento comunista. La lectura asidua de las obras de Rosa Luxemburgo, Karl Korsh y Georg Lukács, que realizaban algunos jóvenes investigadores del Instituto, iba acompañada de su participación con diversos grados de implicación en la revolución alemana de 1918-1919 (de carácter consejista) y en su fracaso²⁷.

No obstante, los primeros años del Instituto estuvieron marcados por un debate

²⁵ Martin JAY, *L’imagination dialectique. Histoire de l’Ecole de Francfort*, Paris: Payot, 1977, pág. 27.

²⁶ Sabemos que Grünberg había publicado en su revista marxista en 1923 el texto poco ortodoxo de Karl Korsch, *Marxismo y filosofía*.

²⁷ Ver sobre esta revolución, Jan APPEL, Hermann GORTIER, Heinrich LAUFENBERG [et al.], *Ni parlament ni syndicats : les conseils ouvriers ! : les communistes de gauche dans la Révolution allemande, 1918-1922*, pref. y ed. D. Authier y G. Dauvé, Paris: les Nuits rouges, 2003. Pollock y Horkheimer ambos asistieron en Múnich a las actividades revolucionarias y, aunque indirectamente, participaron en ellas contribuyendo a esconder a víctimas de izquierda de la represión. La implicación del joven Herbert Marcuse fue más directa, se adhirió en 1917 al SPD y participó en un consejo de soldados, antes de dejar el partido socialdemócrata en respuesta al asesinato de Rosa Luxemburg y Karl Liebknecht, considerando que este partido, según sus propias palabras, “trabajaba en colaboración con fuerzas reaccionarias, destructoras y represivas” (Gérard RAULET, *Herbert Marcuse. Philosophie de l’émancipation*, Paris: PUF, 1992, pág. 23).

interno sobre la naturaleza de la URSS y la teoría de la crisis de Marx. Un debate que encubre probablemente en parte un conflicto de generaciones, como apunta acertadamente Martin Jay. En el enfrentamiento principal se oponían las tesis de Henryk Grossmann (1881-1954), frente a las de Friedrich Pollock, los dos economistas más importantes del Instituto en esa época. Grossmann, había sido alumno de Carl Grünberg en Viena. Este último le invitó en 1925 a incorporarse al Instituto, lo que supuso para él la oportunidad de huir de la policía que le tenía en arresto domiciliario en Polonia debido a su simpatía hacia el régimen soviético. Su obra, en contra del rumor que se ha dejado correr, no estuvo marcada por un marxismo ortodoxo heredero del marxismo positivista y mecanicista de Engels y Kautsky²⁸. Centra sobre todo su reflexión en la secuencia de réplicas al revisionismo de Bernstein y desarrolla una crítica a los comentarios que hizo Rosa Luxemburgo sobre los esquemas de reproducción elaborados por Marx en el Libro II del *Capital*. En 1926-1927, Grossmann impartió unos cursos en el Instituto, que fueron recopilados en 1929 bajo el título *La ley de acumulación y la caída del capitalismo*²⁹. La publicación de esta obra maestra de Grossmann coincidió con el inicio de la crisis mundial de 1929 y se vio revestida por ello de una gran importancia. Este autor devolvía al centro de la teoría marxista la cuestión de los *límites objetivos* al desarrollo del capitalismo, retomando la cuestión que Luxemburgo había vuelto a plantear en *La Acumulación del capital*, pero a su parecer, generando una nueva polémica con la teoría de Marx. Grossmann deseaba retomar este asunto para centrarse en la producción y no solo en el plus-valor, como pensaba Luxemburgo. Desarrolló pues una teoría del “colapso del capitalismo” provocado por una “falta de valorización en relación con la sobreacumulación”³⁰. En 1940, Grossmann

²⁸ Esta visión de un marxismo mecanicista, atribuida a Grossmann por sus detractores, es rechazada muy acertadamente por Paul Mattick en estos términos: “el reproche hecho en Grossmann de haber interpretado de modo esquemático y mecanicista la teoría marxista de la acumulación no está justificado; es posible que solo estuviera relacionada con el modo de presentación y no con el contenido. [...] en el espíritu de Grossmann, ‘no existe un colapso automático de un sistema económico por fiable que sea; hace falta que lo derriben’, escribe”, prefacio a Henryk GROSSMANN, *Marx, l'économie politique classique et le problème de la dynamique*, Paris: Champ Libre, 1975, pág. 25.

²⁹ Henryk GROSSMANN, *The Law of Accumulation and Breakdown of the Capitalist System*, London: Pluto Press, 1992.

³⁰ La teoría del colapso de la modernización a causa de la existencia de un “límite interno absoluto” alcanzado por el capital, elaborada hoy en la revista *Exit!* en torno a la obra de R. Kurz y de manera un poco diferente en el seno de la revista *Krisis*, es, sin embargo, distinta de la de Grossmann, que todavía se queda a medio camino en su teoría de la crisis. Para una crítica de las tesis todavía “circulacionistas” que postulan las obras de Isaak Roubine, Grossmann o Postone, de cuya “wertkritik” específica se desmarca la revista *Exit!*, cf. el texto de Robert KURZ “La substancia del capital”,

siguió sus reflexiones publicando *Marx, la economía política clásica y el problema de la dinámica*, con una tirada limitada y cuya lectura es interesante³¹. Igual que la tesis de Rosa Luxemburgo levantó una auténtica agitación general en todos los marxistas, la teoría de la caída del capitalismo de Grossmann supuso de forma rápida y evidente un punto de discordia en el seno del Instituto.

Por otro lado, el joven Friedrich Pollock (1894-1970), principal enemigo de la “tesis del colapso”, destacó lo que le parecieron las insuficiencias del concepto del “trabajo productivo” de Marx y presentó en 1929 sus críticas a Grossmann en *Experiencias de la planificación económica en la Unión Soviética (1917-1927)*, que escribió tras un viaje a la URSS donde pudo frecuentar a la oposición minoritaria dentro del partido comunista soviético. Los fuertes desacuerdos internos sobre el trabajo de Pollock (que no se publicaron nunca) y el apoyo incondicional de Grossmann a la URSS, que le aislaba entre sus colegas, hicieron que este autor cayera progresivamente en el olvido a partir de 1929. Desde el primer número de la revista del Instituto en 1932, dos contribuciones, una de Grossmann y otra de Pollock, trataron de la “economía marxista”, de la teoría de las crisis y de las “alternativas” planificadas al capitalismo, pero cada una de estas tesis se esforzó por ignorar completamente la de su adversario. En esta línea de fractura, Horkheimer se inclinó muy rápidamente hacia el lado de Pollock, su amigo de la infancia. Cuando se convirtió en director del Instituto en 1931, se consideró que el marxismo de Grünberg y Grossmann era muy teórico y militante, que ya no era apropiado. Y la orientación del Instituto fue la de “re-examinar las bases del marxismo”, idea que no compartían en absoluto los integrantes de los primeros años del Instituto, como afirma, Martin Jay. La llegada de Marcuse al Instituto en 1932, seguida de la de Adorno (oficialmente, en 1938), que apuntalaron el campo teórico de Pollock y Horkheimer, evidenció aún más los desacuerdos existentes. Desde la llegada del nazismo a Alemania, este conflicto interno cristalizó en torno a Grossmann y Pollock. Auto-

publicado en alemán en dos fragmentos en los nº1 y 2 de la revista *Exit!* (números de 2004 y 2005): “Die Substanz des Kapitals. Abstrakte Arbeit als gesellschaftliche Realmetaphysik und die absolute innere Schranke der Verwertung. Erster Teil: Die negative historisch-gesellschaftliche Qualität der Abstraktion ‘Arbeit’. Zweiter Teil: Das Scheitern der arbeitsontologischen marxistischen Krisentheorie und die ideologischen Barrieren gegen die Weiterentwicklung radikaler Kapitalismuskritik”. En francés, también remitimos al comentario crítico sobre Grossmann en el libro de Robert KURZ, *Vies et mort du capitalisme*, op. cit., págs. 11-13.

³¹ Es el único texto traducido en francés. Para una biografía reciente y una presentación de su obra teórica, cf. Rick KUHN, *Henryk Grossman and the Recovery of Marxism*, Urbana: University of Illinois Press, 2007.

res, el uno, de la teoría del colapso y, el otro, de la interpretación de la naturaleza de la URSS, ambos obstaculizaron el análisis teórico del fascismo. Todos los artículos de la revista se discutían en el despacho de Horkheimer; este modo de funcionamiento fijó la cuestión del fascismo en dos campos teóricos (Kirchheimer, Neumann y Grossmann, por un lado, y Pollock, Löwenthal, Adorno, Marcuse y Horkheimer, por otro), que parcialmente se superponían a la oposición anterior. En este contexto de tensión, al final, Grossmann no participó en ninguno de los proyectos de investigación empírica del Instituto³² y mantuvo una posición marginal en los años 30 en razón de su especialidad. De una forma muy paradójica en relación con una situación de crisis económica sin precedentes, los problemas de la teoría crítica relativos a la economía política y en particular a la cuestión de la acumulación y del colapso del capitalismo solo tuvieron un lugar muy secundario en el programa definido por Horkheimer. En 1949, Grossmann terminó encontrando un puesto como profesor de economía en la Universidad de Leipzig y dejó el Instituto un año antes de morir.

En base a su estudio de 1929 sobre la planificación soviética, Pollock va a intentar comprender desde el comienzo de los años 30 las transformaciones del capitalismo en Occidente, con el colapso del viejo capitalismo liberal del siglo XIX, la Gran Depresión y la llegada del Estado Intervencionista. Otros dos miembros del Instituto, Gerhard Meyer y Kurt Mandelbaum, participaron también en este proyecto publicando varios artículos en la revista del Instituto. Entre 1932 y 1933, Pollock se centró en el marco general de su interpretación de la Gran Depresión y del capitalismo postliberal y, durante todo el decenio siguiente, sus textos se consagraron exclusivamente a esta temática. Su análisis se concretó finalmente en 1941 en dos ensayos, "State Capitalism. Its Possibilities And Limitations" y "Is National Socialism a New Order?" que comentaría detalladamente Moishe Postone en su obra. Estos textos consolidan la interpretación de las mutaciones del capitalismo hacia un capitalismo postliberal y conseguirán influir de forma considerable en los demás miembros del Instituto, como apuntaron numerosos comentaristas. El conjunto de las publicaciones de Horkheimer, Adorno o Marcuse, que no tenían una formación como economistas en sentido estricto, tomaron como referencia las tesis de Pollock.

³² Stefan MÜLLER-DOOHM, *Adorno. Une biographie*, Paris: Gallimard, 2004, pág. 544, nota 403.

1.1 Friedrich Pollock y el análisis del capitalismo postliberal

Numerosos analistas (como, por ejemplo, Jean-Marie Vincent) explicaron el “giro pesimista” de la Escuela de Frankfurt a final de los años 1930 aludiendo a las circunstancias históricas de Alemania, de Europa o del exilio del Instituto a los Estados Unidos. Sin embargo, la tesis de las circunstancias históricas no lo explica todo. Según Moishe Postone hay que buscar los orígenes de este pesimismo en la propia teorización. La “relectura de las bases del marxismo” que reclamaba el nuevo equipo a la cabeza del Instituto no llegó realmente a triunfar. Para comprender la incapacidad de Horkheimer –Adorno está relativamente a salvo– el giro del “capitalismo postliberal” que se produce entre 1914 y los años 70, Postone, en el capítulo 3 de su obra *Tiempo, trabajo y dominación social*, dará marcha atrás retomando los materiales de los estudios de Pollock. Volviendo a ese *punto de partida*, nos muestra cómo se equivocaron y fueron demasiado de prisa al elaborar conclusiones teóricas rígidas sobre los cambios producidos, mientras que seguían prisioneros de muchas de las presuposiciones del marxismo tradicional, de las que ellos creían haberse liberado³³.

El comienzo del Estado intervencionista y la experiencia soviética de la planificación llevaron a Pollock a pensar, desde los años 30, que la esfera política, convertida en el ámbito de regulación económica y de resolución de los problemas sociales, se había puesto por encima de la esfera económica. En su ensayo de madurez en 1941, en el que reunió sus análisis precedentes, caracterizó este cambio

³³ En 2009 en un ensayo titulado “La Teoría Crítica y el siglo XX”, Postone anuncia querer ampliar en una futura obra su interpretación de la Teoría Crítica, de sus errores y su fracaso a la hora de comprender el capitalismo postliberal, por medio de la investigación de la obra del joven Georg Lukács, “el más grande precursor de la Teoría Crítica” de cara a la comprensión del capitalismo postliberal. Es en *Historia y Conciencia de clase* donde Lukács ya trató, a través de una síntesis de Weber y de Marx, rendir cuentas “de la transición histórica del capitalismo de una forma centrada en el mercado a una forma burocrática” (Moishe POSTONE, op. cit.). Sabemos que, en otra parte del libro de Lukács, quien a pesar del mérito inmenso de haber puesto en el centro de la teoría marxista la teoría del fetichismo y las discusiones alrededor del concepto de trabajo abstracto, este último ha sido particularmente mal interpretado (un hecho común de toda la tradición marxista). Lukács abandonó el concepto de “trabajo abstracto” en favor del de “racionalización” de Weber, que no es, sin embargo, la misma cosa. El trabajo abstracto es una forma social para Marx y es distinto verdaderamente de una abstracción racionalizada de actos o movimientos que tendrían el objetivo de intensificar su productividad de valor de uso por cada unidad de tiempo. Finalmente, Lukács asimiló de manera errónea el trabajo abstracto a la dimensión social del aspecto concreto adoptado por el trabajo. De lo que Lukács está hablando es en realidad del devenir concreto del trabajo abstracto, especialmente en la lógica dinámica del “efecto noria” (*treadmill effect*) de que habla Postone.

como la primacía de lo político sobre lo económico. La crítica de Postone se apoya sobre los cimientos teóricos de la génesis de esta tesis. Lejos de apuntar correctamente a la incapacidad del marxismo para captar la sociedad post-liberal y permitir así su completa superación, argumenta que esta tesis, por el contrario, será meramente el resultado lógico de muchas de sus presuposiciones. Lejos de superar el marxismo tradicional, Pollock seguirá siendo prisionero de él. Los presupuestos teóricos de Pollock constituyen, en efecto, una doble asimilación muy típica en el marxismo tradicional. Por un lado, se asimila las fuerzas productivas al desarrollo industrial y al trabajo, supuestamente heterogéneos al capitalismo. Por otro, se asimila las relaciones sociales de producción a un modelo de distribución basado en el mercado y la propiedad privada y, de manera errónea, se toma a estos como la naturaleza profunda del capitalismo. En el marco de esta doble asimilación, todas las categorías utilizadas por Marx para describir el capitalismo siguen comprendiéndose como descripciones del mercado, es decir, se sigue entendiendo al capitalismo como un simple modo de distribución particular (el mercado) de bienes, necesidades y recursos. Lo que aparece como contingente, histórico y artificial es este modo de distribución, mientras que el trabajo (además de la industria) se considera como no específicamente capitalista. Este aparece como la auténtica sustancia eterna y transhistórica de todas las sociedades humanas. De esta doble asimilación resulta también que, al igual que el marxismo tradicional, Pollock realiza una crítica de las relaciones sociales capitalistas identificadas con el mercado *desde el punto de vista del trabajo y de la industria*. Porque la base teórica de Pollock sigue estando en la afirmación de la primacía de la distribución como característica esencial del capitalismo. El capitalismo postliberal se comprenderá, este es el primer error, como una *simple mutación de la forma de distribución*.

Y esta concepción distorsionada y errónea de la naturaleza del capitalismo, propia del marxismo tradicional, sigue siendo mantenida por Pollock íntegramente cuando describe el surgimiento del capitalismo postliberal desde la matriz del viejo capitalismo liberal a punto de derrumbarse. De manera muy clásica, se empeña en creer que la contradicción fundamental del capitalismo se sitúa entre la esfera de la producción y la esfera de la circulación. Pollock nos explica entonces que las relaciones sociales de producción, identificadas con el mercado y la propiedad privada, se vuelven cada vez más disfuncionales, anacrónicas e inadecuadas con respecto al desarrollo de las fuerzas productivas heterogéneas al capitalismo. Esta aparente contradicción desemboca en crisis desintegradoras y cada vez más

destructivas. Dicha contradicción se expresa en forma de una depresión mundial y una crisis de sobreproducción que conduce, a la vez, a una reducción violenta de las fuerzas productivas (subutilización de las máquinas, destrucción de materias primas, aumento de personas en paro) y a un debilitamiento de las barreras a esas fuerzas productivas por un cambio en las relaciones de producción (mercado y propiedad privada), gracias a una nueva lógica de intervención de los Estados, los únicos capaces de llevar a término la lógica de la creciente contradicción entre fuerzas productivas y relaciones sociales de producción. Es la misma lógica del viejo capitalismo liberal la que empuja hacia una economía planificada, según afirma Pollock. En esta mecánica implacable que forma parte de una dinámica lineal, el Estado se convierte, a partir de entonces, en el agente lógico y necesario de la distribución, en lugar del mercado que se ha quedado obsoleto. Al final, en este capitalismo postliberal nacido de la lógica capitalista por fin se domina la economía, ya que un modo consciente de distribución y de regulación va a sustituir al modo inconsciente que el mercado había puesto en marcha.

En el marco de este esquema de dinámica y mutación, que conserva todos los rasgos del marxismo tradicional, Pollock, en los años 30, analiza las múltiples formas que toma este capitalismo postliberal. El desarrollo de las fuerzas productivas, identificadas con el modelo de producción industrial, hace que sean posibles y necesarias *dos formas de economía planificada*, que opone todavía de modo tentativo:

“Una economía capitalista planificada en base a la propiedad privada de los medios de producción (por tanto, en el marco de la sociedad de clases) y una economía socialista planificada, caracterizada por la propiedad social de los medios de producción (en el marco de una sociedad sin clases)”³⁴.

En 1941, en su “teoría de madurez”, Pollock ya no opone economía capitalista planificada y economía socialista planificada, sino que habla de *dos tipos-ideales de capitalismo postliberal*:

- el capitalismo de estado totalitario
- el capitalismo de estado democrático.

Toda la regulación de la producción y de la distribución se ven aseguradas ahora, según Pollock, por el Estado y su Plan, y no por “la anarquía del merca-

³⁴ Friedrich POLLOCK, “Die gegenwärtige Lage”, págs. 19-20, citado por Moishe POSTONE, *ibid.*, pág. 142.

do”³⁵. La economía está definitivamente bajo control estatal, por lo que ya no es una esfera autónoma que se regula por sí sola. Bajo las dos formas ideal-típicas del capitalismo de Estado, el Estado y, en particular, la jerarquía de las estructuras políticas y burocráticas se convierten en la nueva base de la estructuración de la vida social. En esta visión, muy común en la época, “las relaciones de mercado –apunta Postone– se sustituyen por las de una jerarquía de gestión en la que [...] reina una racionalidad técnica unilateral”³⁶. Toda esta secuencia de interpretación se apoya en la “tesis de la regulabilidad de la económica”.

La segunda característica de esta mutación hacia el capitalismo postliberal, para Pollock, es que no tiene nada de emancipador. El dominio y la crisis adquieren formas diferentes a las adoptadas bajo el capitalismo liberal. La dominación se hace directa y el manejo de la población se consigue desde el terror político y la manipulación psicológica de las masas, en particular en la variante totalitaria del capitalismo de Estado. Sin embargo, esta forma de dominación sigue siendo engañosa y opaca porque permanece oculta a los individuos. La pérdida de autonomía de los individuos se ve compensada por la transgresión aceptada de ciertas normas sociales, en particular las sexuales, lo que anticipa muy directamente el concepto de Marcuse de “tolerancia represiva”, que se encuentra ya implícito en la teoría de Pollock, en la que Marcuse se inspirara. Con la supremacía de lo político sobre lo económico, el sistema, volvemos sobre ello, se describe como careciendo de contradicciones internas, porque “los problemas de administración han sustituidos a los del proceso de cambio”³⁷. Es decir, para Pollock el Estado dispondrá de todos los medios para dominar las causas económicas de las depresiones económicas. Por tanto, también vuelve a teorizar sobre la posibilidad de una crisis en el capitalismo postliberal. Y, como ya no reconoce ninguna contradicción en el seno de la economía, la crisis ya no puede ser entendida propiamente como una crisis económica. Se convierte en la crisis de la nueva forma de dominación directa, en una crisis política, en una crisis de la legitimidad del Estado.

Debido a que preserva muchos presupuestos teóricos del marxismo tradicional, esta teorización del capitalismo post-liberal plantea, según Postone, dos dificultades

³⁵ Incluso si esta puede subsistir, ya no regula la economía. Esta tesis se vuelve a encontrar en la distinción de Ponlanyi entre el Mercado con “M” mayúscula, comprendido como mercado autorregulado, y el mercado como institución social inserta dentro de las relaciones sociales no-económicas, por ejemplo, en las sociedades antiguas.

³⁶ Moishe POSTONE, *ibid.*, pág. 145.

³⁷ *Ibid.*, pág. 145.

insuperables que la dañan y debilitan fuertemente gran parte del aparato teórico de la primera generación de la Teoría Crítica. Por un lado, si, como defiende Pollock, el capitalismo se confunde con las relaciones de producción identificadas con el mercado y la propiedad privada, entonces una vez que el mercado y la propiedad privada hayan sido superados no hay razones para seguir calificando la situación postliberal de “capitalismo”. Aquí encontramos un callejón sin salida que choca con los postulados marxistas tradicionales. Sin embargo, Pollock no cede en esto: “lo que toca a su fin no es el capitalismo, sino su fase liberal”³⁸. Pero si esta constatación es cierta, *la naturaleza capitalista* del “capitalismo de Estado” nunca ha estado seriamente fundamentada, el “capital”, que a partir de ahora es *regulado políticamente*, según Pollock, nunca se define realmente. Mantiene que, a través del período liberal y post-liberal, siempre hay una constante, el apetito por el “beneficio”; sin embargo, nunca se aclara esta noción, Pollock la deja de modo indeterminado en un “contenido superficial”³⁹. Finalmente, llegamos a comprender que la búsqueda del beneficio sería sencillamente una forma específica y derivada de la *búsqueda transhistórica del poder por el poder*. En esta forma de teorización, “las categorías económicas (el beneficio), destaca Postone, se han convertido en sub-rúbricas de las categorías políticas (el poder)”⁴⁰, lo que constituye un giro hacia una metafísica del poder externo a la especificidad de una forma de síntesis social determinada.

Pero incluso en esta definición el carácter capitalista del “Capitalismo de Estado” no es realmente necesario. Pollock intenta, con acierto, demostrar que la situación postliberal debe seguir siendo calificada de “capitalista”, pero su único argumento es el de constatar que la sociedad postliberal sigue siendo una sociedad antagonista, es decir, desde su punto de vista, una sociedad de clases. Esta identificación del concepto transhistórico de “antagonismo social” y el concepto de “clase”, específico de la sociedad capitalista-mercantil y de una forma histórica particular de antagonismo social, es demasiado precipitada. Este sigue siendo uno de los principales postulados del marxismo tradicional que todavía no entiende que el antagonismo social –interpretado como una contradicción social entre el proletariado y la clase capitalista– no permite distinguir en absoluto el capitalismo de las otras formaciones sociales no capitalistas, ya que muchas sociedades no capitalistas también conocen la presencia de un antagonismo social a veces incluso más visible y brutal.

³⁸ Citado por Moishe POSTONE, *ibid.*, pág. 143.

³⁹ *Ibid.*, p. 152.

⁴⁰ *Ibid.*, p. 153.

El núcleo del capitalismo es, en realidad, mucho más específico que eso y no se distingue de otras sociedades solo por esa característica⁴¹. Hace falta distinguir claramente, según Postone, la diferencia entre antagonismo social y contradicción social, ya que “la contradicción fundamental de la sociedad capitalista debe concebirse como inherente al reino de la producción en sí mismo y no simplemente como una contradicción entre las esferas de la producción y de la distribución”. Una dinámica inmanente contradictoria y que escapa al control consciente es remitida por Pollock al único modo de distribución mediado por el mercado, visto como el origen de estructuras sociales no conscientes. En cuanto expresión del nuevo principio de dominación, la planificación entraña, por el contrario, el control social total (a través de la burocracia, los trust, etc.), de modo forzoso el desarrollo histórico se ha vuelto conscientemente regulado. Pollock representa la nueva sociedad como una sociedad antagonista, pero sin dinámica inmanente. Una sociedad que no es libre, pero que no posee una contradicción inherente. Las fuentes del pesimismo de Pollock y de la “Escuela de Frankfurt” habría que situarlas en la idea de una ausencia de dinámica inmanente del capitalismo de Estado en estos autores. Estamos ante las fuentes teóricas, y no solo históricas, del pesimismo de la primera generación y en los fundamentos del futuro concepto de “sociedad unidimensional”.

Casi quince años después de su gran estudio sobre el capitalismo de Estado, Pollock realizó, en 1955, un estudio sobre la automatización en los Estados Unidos para Horkheimer y el Instituto. Se trata de una de sus escasas publicaciones traducida al francés, con el título *L'automation. Ses conséquences économiques et sociales*. En ella Pollock da un giro completo y sorprendente; no solo es que en este estudio sociológico ya no encontremos ningún rastro de su concepto de “capitalismo de Estado”, es que el término “capitalismo” desaparece totalmente para dar paso a la categoría de “países industriales organizados según la economía de mercado”⁴². Toda la obra describe una economía de post-guerra, que ahora se centra en el mercado y no en la forma burocrática organizada por los Estados. Esta última

⁴¹ Esto hace que sea errónea igualmente la visión de la historia como una eterna lucha de clases. La lucha de clases corresponde, por supuesto, solamente a una sociedad estructurada por la forma mercancía, porque el concepto de “clase” –que se refiere en sus supuestos al trabajo llamado “libre”, en la condición social del grupo al que se le explota su plus-trabajo ...– debe ser utilizado para describir los antagonismos sociales en el seno de una sociedad capitalista. No debemos realizar “proyecciones” sobre sociedades pre-capitalistas, como lo ha hecho el materialismo histórico.

⁴² F. Pollock, *L'automation. Ses conséquences économiques et sociales*, Paris: éditions de Minuit, 1957, pág. 16.

forma, que le permitió describir el capitalismo postliberal de 1926 a 1941, ya no parece ser, bajo su mirada, la realidad presente –que sigue centrada finalmente en torno al mercado–, pero sí aquello en lo que podría convertirse el capitalismo si se deja actuar libremente a las fuerzas movilizadas por el mercado y, sobre todo, a su utilización de la automatización⁴³. En este estudio muy minucioso en cuanto al material empírico que reúne, le interesa muy poco la elaboración de una teoría de la automatización de la producción y prefiere volcarse sobre las consecuencias económicas y sociales de dicha automatización⁴⁴. Sin embargo, cuando sí le interesa, evoca dos razones para el surgimiento de la automatización de la producción: “la automatización se impulsa irresistiblemente por la lucha competitiva y por la carrera armamentística más mortífera”⁴⁵. Evidentemente estamos en el contexto de la Guerra Fría, en lo que se refiere a la militarización de las economías y a la constitución de complejos militares e industriales muy poderosos. En lo relativo a la determinación de la competitividad de los mercados, menciona que “gracias a la nueva técnica, en general, se pueden bajar los precios, fabricar en grandes series nuevos productos y aumentar, así, la capacidad de los mercados”⁴⁶. Sin embargo, Pollock trata aquí de la automatización –como del trabajo y la industria– en cuanto algo que forma parte de las fuerzas productivas que no son intrínsecamente capitalistas, sino que serían simples instrumentos captados desde fuera por las relaciones sociales capitalistas que se identifican con el mercado. Marcado por el signo del individualismo metodológico, su explicación del surgimiento de la automatización se basa en simples “robinsonadas” que demuestran solamente las formas de conciencia y las estrategias patronales empíricas, sin desarrollar, por tanto, una teoría adecuada de la automatización que explique las formas fenoménicas y empíricas a partir de la dinámica de las formas sociales duales propias del inicio del capitalismo en su

⁴³ “Permítasenos denunciar otra vez los peligros que existen en introducir la automatización en todas partes dónde promete beneficios para la empresa privada, ignorando las imperfecciones de la autorregulación del mercado, sin preocuparse de las consecuencias sociales.” Ibid., pág. 199.

⁴⁴ “Son en definitiva sus efectos sobre la estructura de la economía y de la sociedad los que proporcionan a la automatización su verdadero significado y su mejor definición.” Ibid., pp 25-26.

⁴⁵ Ibid. p. 73.

⁴⁶ Ibid. 69. “Cuando se puede emplear racionalmente la automatización, ofrece ventajas decisivas respecto al antiguo sistema de producción [la racionalización]; con gastos equivalentes, se podrían fabricar más productos y de mejor calidad; o, si se quiere, la misma cantidad de calidad superior podría ser producida con menos gastos. No solo se ahorra en salarios y sueldos, sino también en capital en circulación. La reducción de los stocks, las materias primas utilizadas en la fabricación y la supresión de los residuos influyen en la reducción del capital en circulación. Las economías de capital fijo se han obtenido gracias al menor tamaño de sus instalaciones y gracias a la reducción de las inversiones por unidad de producto fabricado” (pág. 70).

núcleo social más profundo. La sociología empírica de la automatización, que hace que Pollock ignore la presencia de la totalidad social en fenómenos considerados de manera aislada, es simplemente contraria a su crítica en Adorno; esto le lleva a una mera constatación de la apariencia tecnológica del último capitalismo, en la que no ve en absoluto una forma específica de relaciones sociales. La automatización es solamente reconocida como el empleo de la técnica que se presenta como una potencia neutra y se convierte así en la aplicación de una racionalidad reductora. La técnica, por lo tanto, no es comprendida como una relación social mediada por el capital, como resultado y presupuesto intrínseco a su lógica interna, sino como un instrumento al servicio de la expresión directa del deseo de poder. Pero, paradójicamente, también una herramienta que podría tener un uso emancipador, dando por supuesta una ambivalencia de la técnica que siempre fue la marca de los presupuestos teóricos del marxismo tradicional⁴⁷. En su relato, toda la historia de las diferentes formas de producción durante los siglos XIX y XX queda reducida a la historia de “una larga serie de descubrimientos científicos y de invenciones técni-

⁴⁷ “Solo un Plan global, elaborado para un largo periodo, puede –sostiene Pollock– alcanzar la automatización en una sociedad libre y contribuir a hacer realidad la segunda revolución industrial, la promesa de un orden social racional” (ibid., pág. 204), pues “la automatización no significa necesariamente el fin de la libertad personal. Si el sistema de producción automática se pone conscientemente al servicio del hombre, puede ayudar a eliminar rápidamente la miseria económica del mundo [...]. Pero es fácil ver que este objetivo no puede alcanzarse si la dirección de las fuerzas puestas en marcha se abandona al mecanismo clásico del mercado. Esto también sería consentir una destrucción de fuerzas productivas de tal magnitud que la devastación de la crisis de los años treinta parecería pequeña en comparación. Las intervenciones de los gobiernos en la política económica y social, que ahora se consideran prácticamente inevitables en todos los estados industriales, podrían ayudar al mecanismo del mercado a promover a largo plazo una recolocación de los excedentes de mano de obra y una elevación del nivel de vida general (...). Si hubiera una determinación decisiva a nivel social para explotar el sistema de producción automática directa y metódicamente en beneficio de la humanidad, la automatización podría dar lugar a la prosperidad” (ibid, págs. 199-200 y 202). Y para concluir: “¿Cuál fue hasta aquí [en el mercado] el mayor obstáculo que obstruyó la dirección racional de una economía orientada a fines no militares? La dificultad de proporcionar a los servicios responsables de decidir [la administración] todas las informaciones necesarias. Si tuvieran que tenerse en cuenta los deseos de los consumidores en el establecimiento y la ejecución de los Planes, la tarea habría sido casi imposible. Hoy en día, el poder de los supercomputadores electrónicos ha roto esa barrera. Los “*giant brains*” pueden ser instalados con el fin de planificar la producción y la distribución (...). Solo un plan global, elaborado con la ayuda de los nuevos métodos y diseñado para un largo periodo podría hacer compatible la automatización con una sociedad libre y hacer de la segunda revolución industrial el motor de un orden social racional” (ibid, págs. 203-204). Nos volvemos a encontrar con la utopía de la abundancia gracias a la tecnología de producción capitalista que ha marcado a todo el movimiento obrero y a sus líneas programáticas desde el siglo XIX. Esta utopía, todavía suscrita por Pollock y Horkheimer, está muy próxima gracias al uso de macrocalculadoras al “distribucionismo” de la revista *Prosper*. Para una crítica de esto, cf. DEUN, “El distribucionismo o la esclavitud logística”, *Sortir de l'économie*, nº 2, 2008 (<http://sortirdeleconomie.ouvaton.org/sde-n2.pdf>).

cas que se ‘concentran’ en un nuevo sistema de producción, generándose así profundas transformaciones en la estructura de la economía y de la sociedad”⁴⁸. Pero si en este escrito de posguerra las dos formas ideal-típicas del “capitalismo de Estado” explicitadas en 1941 ya no están presentes para describir el presente, inmediatamente reaparecen cuando se trata de hacer prospectiva, centrándose en mostrar cómo, debido a la automatización, “se cuestiona la estructura de la economía y la sociedad”⁴⁹. Si no prestamos atención y si el Estado no establece rápidamente por medio del Plan el marco de las fuerzas del mercado, entonces veremos surgir una “sociedad de la automatización”⁵⁰, que funcionará sobre sus propias bases y que tendrá todas las características del “capitalismo de Estado totalitario” descrito por Pollock en 1941:

“En una economía de mercado, caracterizada por el predominio de la automatización, podría constituirse una sociedad en la que la mejor expresión de su estructura sería la formación de una jerarquía militar autoritaria. En la cima de esta pirámide social encontraríamos un ‘estado-mayor general’ económico, compuesto por verdaderos expertos en máquinas y en hombres. Este grupo relativamente restringido, con su ‘cuerpo de oficiales’ [que incluye gerentes, obreros especialistas muy cualificados e ingenieros], va a ser el único en condiciones de abarcar al conjunto de fenómenos técnicos y económicos y de tomar todas las decisiones que afecten a la política económica. Gracias a las computadoras dispondría de la información que le pondría al corriente con exactitud de todos los fenómenos económicos y de las posibilidades de aplicación y los costes de un proyecto complejo. [...] Ya que todo parece calculable, esta capa social dirigente adoptará, naturalmente, el punto de vista del dominador que disfruta manejando a las masas humanas. El peligro está en pasar por alto las consecuencias de una masa sin juicio, fácilmente influenciable por las modernas técnicas de propaganda, a la que se mantiene contenta gracias al consumo de una cantidad cada vez más elevada de bienes”⁵¹.

La pesadilla de esta sociedad futura se caracterizaría por la preponderancia de la política y la tecnología, la “regularización económica” gracias a las “máquinas de gobernar” (superordenadores) y, sobre todo, por la estructuración de la sociedad por la dominación directa. La sociedad de la automatización será la auténtica socie-

⁴⁸ Friedrich POLLOCK, op. cit., pág. 76.

⁴⁹ Ibid., pág. 30.

⁵⁰ Ibid., pág. 194.

⁵¹ Ibid., págs. 188-189.

dad totalitaria:

«El ingeniero de la automatización [...], tiene su pensamiento orientado a dominar la naturaleza. [...] La apariencia de ‘objetividad rigurosa’ que consigue atribuirse oculta en realidad una enorme voluntad de poder, la perfecta excentricidad de sus planes y construcciones que dan soporte a esta voluntad de poder. El instrumento que ha construido... es un dispositivo que permite a su dueño, situado en una posición central, tratar al hombre mismo como un instrumento más. Un vistazo a la literatura de los ‘tecnócratas’ y a la afinidad de muchos ingenieros con los déspotas totalitarios muestra que no se trata, en efecto, de un fenómeno nuevo.»⁵²

En esta sociedad tendríamos “al estado mayor general” en lo alto de la pirámide, seguido por el “cuerpo de oficiales”, después estarían los “suboficiales” y, en la base, una gran masa de trabajadores “liberados del trabajo en cadena” por la automatización⁵³.

«Los cambios estructurales de la sociedad que se esbozan aquí, se producirán sin duda si no se toman contramedidas enérgicas a tiempo. Se trata, en resumen, de un movimiento desencadenado hace mucho tiempo en la sociedad industrial: la separación de la población activa en dos categorías. Por un lado, la minoría, los que ejecutan las funciones esenciales dentro de la ‘producción’ y la ‘administración’, los que pertenecen por su estatus a los *profesionales* (profesiones liberales y otros servicios muy cualificados). Por otro lado, la triste mayoría, los que no tienen cualificación, los que no son capaces de comprender ni el funcionamiento de la economía ni el de la sociedad y que efectúan, en su mayoría, un trabajo ‘improductivo’, en el sentido que se entiende desde la economía clásica. En el sistema de producción automática plenamente desarrollado, la minoría ‘productiva’ de ingenieros, administradores, obreros especializados y del resto de los obreros cualificados encargados de la producción produciría todos los bienes necesarios para su propio mantenimiento y, si es posible, para el aumento de su propio nivel de vida y el de la gran mayoría de personas que trabajan fuera de la producción propiamente dicha. [...] Y la gran mayoría de hombres debería proporcionar a esta minoría servicios a cambio. Evidentemente, una estructura social de este tipo ofrecería una base muy frágil a una sociedad libre. El poder, cada vez mayor, de la minoría y el empobrecimiento de la mayoría podrían, an-

⁵² Ibid., págs. 192-193.

⁵³ Ibid., pág. 195.

tes de alcanzar el fin de la evolución, dar lugar a un sistema social autoritario.”⁵⁴

1.2 De Pollock a Horkheimer, Adorno y Marcuse

Hay un hecho que suele pasar inadvertido, y es que el equipo del Instituto solo tuvo dos grandes economistas (Pollock y Grossmann), ya que los principales dirigentes tuvieron, esencialmente, una formación filosófica. Como remarcó Martin Jay, en toda la historia del “Escuela de Frankfurt”:

“Sería un error afirmar que estos análisis económicos se integraban de forma efectiva en el núcleo teórico de la Teoría Crítica. Horkheimer y Adorno, a pesar de su gran curiosidad intelectual y de sus amplios conocimientos, nunca tuvieron un conocimiento profundo de economía, marxista o no marxista. De hecho, cada vez que Horkheimer abordaba el terreno de la teoría económica, sus esfuerzos en ese sentido nunca fueron tomados muy en serio por los miembros marxistas más ortodoxos del Instituto”⁵⁵.

Puede afirmarse que no existe ningún texto teórico de Adorno o de Horkheimer sobre la crítica marxiana de la economía política, y más específicamente sobre la crítica de las formas sociales capitalistas. Sin embargo, “su compromiso con la teoría del valor como fundamento del análisis de la sociedad contemporánea – como apuntaba Jean-Marie Vincent– surgió en mayor medida de una petición de principio que de la reflexión rigurosa”⁵⁶. Los dos principales dirigentes del Instituto, siguiendo a Korsch en *Marxismo y filosofía*, tratan de manera muy pertinente las cuestiones filosóficas relacionadas con el marxismo (la historia de la filosofía burguesa, la epistemología y la sociología del conocimiento, la dialéctica, etc.) y desplazan radicalmente su objeto de reflexión hacia lo que el marxismo ortodoxo llama “la superestructura”. Lo fundamental sobre las cuestiones teóricas de la economía política se delega en Pollock y Grossmann⁵⁷. Y como hemos visto, sus debates, desde 1926, se centraron en la naturaleza del sistema soviético, en la teoría de Grossmann y en la teoría de Pollock referida a la mutación postliberal del capitalis-

⁵⁴ Ibid., págs. 196-197.

⁵⁵ Martin JAY, op. cit., pág. 179.

⁵⁶ Jean-Marie VINCENT, op. cit., pág. 89.

⁵⁷ Martin JAY, op. cit, continúa: “Incluso un economista no marxista como Gerhard Meyer recuerda todavía hoy las difíciles relaciones entre los líderes intelectuales del Instituto con quienes se dedicaban al análisis económico. Parece que los primeros no lograron desembarazarse totalmente del desprecio que inspiró a los filósofos alemanes el mundo banal y realista de los intercambios económicos.”

mo. Hubo, innegablemente, tensiones muy fuertes entre los miembros “economistas” y los “filósofos” del Instituto, y no exclusivamente con Grossmann. “Con la sustitución de los economistas de la primera generación por los filósofos en la dirección del Instituto”, destaca G. Raulet, “la economía va a ser analizada dentro de un contexto general y va a ser considerada como una disciplina entre otras muchas”⁵⁸. En este marco general, desde finales de los años 20, el núcleo en torno a Horkheimer es favorable a las reflexiones llevadas a cabo por Pollock y, a finales de los años 30, el director del Instituto siguió a su amigo al defender la primacía de lo político y la tesis de una nueva forma de dominación social. Si recorremos los escritos de Horkheimer en los años 30, constatamos una evolución entre “Teoría tradicional y teoría crítica”, en 1937, donde aún no afirma que la esfera política ha sustituido a la esfera económica, 1938, en que sigue pensando que nos encontramos en unas “relaciones sociales propias del capitalismo monopolista”⁵⁹, y en “Estado totalitario”⁶⁰, en 1940, donde aparece, por primera vez, la tesis de la nueva fase del capitalismo de Estado cuya naturaleza sería la supremacía de lo político. Una posición “[que] es fundamentalmente idéntica a la de Pollock”⁶¹.

Horkheimer distingue con bastante claridad diferentes “fases” en el capitalismo. Distingue cronológicamente un “período mercantilista”, un “período liberal”⁶² y, antes de los años 30, un “período monopolístico” (o liberal-monopolístico), en el que el “control privado y el control del Estado sobre el trabajo alienado se interrelacionan”⁶³. En los años que siguieron a la crisis de 1929, Horkheimer señala que no se había producido el colapso provocado por la crisis económica anunciada por el marxismo y que, por el contrario, lo que se ha producido es “el mantenimiento de la situación por el Estado autoritario”⁶⁴: es decir, “el capitalismo de Estado, suprimió al mercado y conjuró la crisis a través de la firmeza de la Alemania imperecedera”⁶⁵. Diagnostica, pues, una “transición del monopolio al capitalismo de Esta-

⁵⁸ Gérard RAULET, op. cit., pág. 110.

⁵⁹ Max HORKHEIMER, “La philosophie de la concentration absolue” (1938), en *Théorie critique*, op. cit., pág. 324.

⁶⁰ Este texto está traducido del francés en Horkheimer, *Théorie critique*, ibid.

⁶¹ Moishe POSTONE, op. cit., p. 168.

⁶² Max HORKHEIMER, op. cit., pág. 336.

⁶³ Ibid, pág. 333. En la etapa liberal del siglo XIX, “el combate socialista contra la anarquía de la economía de mercado ataca al elemento privado”, mientras que, en la etapa monopolística, “la resistencia a la última forma de explotación ataca al momento privado y al momento estatal a la vez” (ibid).

⁶⁴ Ibid., pág. 330.

⁶⁵ Ibid.

do”⁶⁶, que es la “fase más joven” del capitalismo y esto es, a su parecer, una “escalada”, un “segundo impulso en la dominación”. Más precisamente, Horkheimer aprecia en esta última fase una auténtica “desintegración de la burguesía”⁶⁷ (diezmada por la guerra, en su opinión), que desde entonces pierde toda autonomía, se ve sujeta a los trust o al Estado: “El Dorado de las existencias burguesas, *la esfera de la circulación, es eliminado*”⁶⁸. El rol de la burguesía es asumido, por una parte, por los trust y, por otra, por “el Estado, quién se hará cargo de los asuntos económicos”⁶⁹. Dicho de otra forma, la administración tiene completamente bajo su control a las grandes industrias y a la burguesía. Dando por supuesto, de forma errónea, que la finalidad del capitalismo es la producción de riquezas materiales y no el incremento de valor como relación autotélica del trabajo abstracto consigo mismo, Horkheimer señala que, de ahora en adelante, “la economía adecuadamente planificada puede alimentar mejor a la masa y dejarse mejor alimentar por ella que por los restos del mercado. Un período con *su propia estructura social* ha ocupado el lugar de la libre economía”⁷⁰. Ahora, “la burocracia recupera el control del mecanismo económico que, bajo el reinado del principio de beneficio, escapa a la burguesía”⁷¹, aunque son “los cárteles [igualmente] los que dominan el mundo en el momento actual”⁷². La tesis de la supremacía de lo político que avanzaba Pollock se va a confirmar en términos muy similares en “El Estado autoritario” y en los textos posteriores: “solo en el siglo XX, [las leyes del mercado] se convierten en [...] *asuntos controlables, objetos de manipulación*”, demostrando “la transformación de los grandes poderes económicos en *instituciones* y la recuperación de innumerables funciones económicas por el Estado”⁷³:

⁶⁶ Ibid.

⁶⁷ Ibid, pág. 333

⁶⁸ Ibid, pág. 329. Subrayo para mostrar como Horkheimer sigue siendo prisionero de la imagen del marxismo tradicional, de una visión circulatoria y distributiva de la naturaleza social profunda del capitalismo.

⁶⁹ Ibid.

⁷⁰ Ibid, pág. 330. Horkheimer cita un extracto de *Socialismo utópico y socialismo científico* de Engels, que interpreta anacrónicamente como una reflexión que anticipa lo que sería sólo una fase completa del capitalismo, no la verdadera naturaleza del Estado y la política en todas las fases de la sociedad capitalista. Para una presentación de la cuestión de la teoría del Estado dentro de la sociedad capitalista, cf. Clément HOMS, “Pour une théorie de l’Etat dans la modernité capitaliste”, *Entropia* n° 13, Parangon, 2012, también disponible en <http://palim-psao.over-blog.fr/>.

⁷¹ Horkheimer, op. cit., pág. 345.

⁷² Ibid., pág. 344.

⁷³ Un ejemplo de la supremacía de la política sobre la economía en Horkheimer: ciertamente, “el hambre, el control policial y la obligación de ser soldado existen tanto en la fase liberal como en la

“Las cuestiones económicas se vuelven cada vez más *cuestiones técnicas*”, señala Horkheimer. “La superioridad de la posición de los empleados en la administración, de los técnicos y de los ingenieros encargados de planificar la economía perderá en el futuro su base racional: la *fuerza* será ya su único argumento»⁷⁴.

De esta forma, este principio de la “fuerza pura” terminará por estructurar la nueva sociedad, según él. Volvemos a caer, así, en una metafísica del poder en la que el beneficio, comprendido de manera muy superficial y nunca de forma históricamente específica, se deriva del principio transhistórico del afán de poder, que a fin de cuentas no explica nada. No obstante, a diferencia de Pollock, que se contentó con describir una sociedad racional y represiva, pero no irracional, Horkheimer (y luego, Adorno) profetizará dos etapas en el capitalismo de Estado: una etapa con una base racional y otra etapa acompañada de una base irracional que correspondería a la estructuración de la sociedad únicamente a través de la “fuerza pura”, y lo argumenta afirmando que “la racionalidad de la dominación está en vías de desaparición cuando el Estado autoritario se hace cargo de la sociedad”⁷⁵.

Con esta tesis de la supremacía de la política, la influencia de Pollock –economista y amigo de infancia de Horkheimer– será determinante para algunos miembros del Instituto. En el sentido de que su “estudio del cambio en la relación entre el Estado y la sociedad civil”, subraya Postone, “puede considerarse como la dimensión político-económica de una teoría crítica general del capitalismo post-liberal que Horkheimer, Marcuse y Adorno desarrollaron ampliamente”⁷⁶. Adorno, hasta el final de su vida y de acuerdo en todo con sus colegas, seguirá escribiendo que “la perspectiva de ver pasar la dirección de los procesos económicos *a manos del poder político* es, ciertamente, *la consecuencia de la dinámica deducible del sistema*, pero dibuja, a la vez, el punto de fuga de una irracionalidad objetiva”⁷⁷. También en el caso de Marcuse, como destaca G. Raulet, desde su estudio de 1934 podemos constatar que “desarrolla un punto de vista filosófico, con tesis próximas a la concepción del

fase autoritaria” (ibid., pág. 338), pero “mientras que en la libre economía el hambre y el peligro de guerra eran las consecuencias necesarias, no controladas ni queridas, en el Estado autoritario se utilizan a propósito, como tendencias” (pág. 337). Otro ejemplo de la supremacía de la política es que “el despilfarro sin medida no es provocado por los mecanismos económicos en un sentido clásico; se produce, más bien, por las desvergonzadas necesidades del aparato de poder y la aniquilación de toda iniciativa procedente de los dominados” (pág. 337).

⁷⁴ Ibid, pág. 339, subrayado de C.H.

⁷⁵ Ibid.

⁷⁶ Moishe POSTONE, op. cit., pág. 144.

⁷⁷ Theodor W. ADORNO, “Capitalisme tardif ou société industrielle ?” en id., *Sociedad : integración, desintegración*, op. cit., pág. 91.

capitalismo de Estado de Pollock”⁷⁸. En este estudio, Marcuse desgrana la concepción del mundo de la “nueva filosofía política” (el “realismo heroico-popular”), que se corresponde a partir de ahora con el “Estado autoritario total que dota al capitalismo monopolista de *una organización y una teoría de la sociedad idóneas*”:

“Las bases económicas de esta evolución de la teoría liberal hacia la teoría totalitaria –apunta Marcuse– se darán por conocidas⁷⁹: en lo esencial ambas se sitúan en una trayectoria que conduce a la sociedad capitalista desde el capitalismo comercial e industrial, fundado sobre la libre competencia de empresarios individuales e independientes, al capitalismo moderno de los monopolios, en el que la transformación de las relaciones de producción (y en particular las grandes “unidades” constituidas por los cárteles, los trust, etc.) requieren *una fuerte autoridad que movilice a todos los poderes*”⁸⁰.

Como ocurre en Pollock, la mutación se inicia como *continuidad* y finalmente termina como *ruptura*. En un primer momento, la naturaleza del mecanismo de la mutación es la del “liberalismo en sí mismo, que engendra al Estado autoritario total, el cuál aparece como liberalismo en un estado de desarrollo más avanzado”⁸¹. Según Marcuse, en esta fase, las nuevas formas del “Estado autoritario total” dejan intacta la estructura social fundamental del liberalismo. Así, con el estadio del capitalismo monopolístico existe una “unicidad de base económica”, es decir, que se conserva la iniciativa privada de la empresa y la propiedad privada de los medios de producción. En este momento, el Estado autoritario total en ciernes existe, sobre todo, “bajo el aspecto de una lucha entre diferentes concepciones del mundo”⁸². Marcuse muestra la dimensión ideal, y en particular filosófica, de las mutaciones recogidas en la teoría económica de Pollock⁸³. Pero después aparecen “elementos ‘nuevos’ que *van más allá* del antiguo orden social liberal y de su *negación*”: “elementos que necesitan para su realización la *supresión de las bases económicas y*

⁷⁸ Gérard RAULET, op. cit, pág. 31. Este autor observa igualmente que en la obra *El marxismo soviético* de 1958 “la influencia de las tesis de Pollock es notoria” (pág. 33).

⁷⁹ En una nota a pie de página redirige al lector al estudio de Pollock publicado en el número 3 de la revista del Instituto.

⁸⁰ Herbert MARCUSE, “La lutte contre le libéralisme dans la conception totalitaire de l’Etat” en Id., *Culture et société*, Paris: Les éditions de Minuit, 1970, pág. 78

⁸¹ Ibid, pág. 78.

⁸² Ibid. pág. 69.

⁸³ Marcuse identifica tres fuentes filosóficas en esta visión del mundo “heroico-popular” impulsada por el “Estado autoritario total”, a saber: el universalismo, el naturalismo (organicista) y el existencialismo.

*sociales que el Estado autoritario total sigue teniendo*⁸⁴. Para Marcuse la mutación no se produce por un “proceso de adaptación ideológica”, sino por una ruptura en el núcleo de la estructura económica y social. Así, según él, la mutación postliberal se presenta en tres momentos relacionados entre sí: en un primer momento el liberalismo, que dará lugar al capitalismo monopolista, y éste, a su vez, va a desembocar en el “Estado autoritario total”. Encontramos en estas afirmaciones el trasfondo de lo que Marcuse teorizará más adelante como “sociedad unidimensional”:

«Para Pollock, apunta Raulet, el fascismo es una variante autoritaria del capitalismo de Estado: el uno y el otro *garantizan el dominio de las leyes económicas y bloquean, a la vez, toda oposición política* [...]. Marcuse y Horkheimer [...] apoyan el análisis de Pollock, pero a pesar de ello todavía no habían captado el concepto de “sociedad unidimensional” referido a que la economía retrocede por su relación con lo político»⁸⁵.

2 LA TEORÍA CRÍTICA O LA PESADILLA DEL MARXISMO TRADICIONAL

No es en absoluto el abandono del marxismo tradicional lo que llevó a las principales figuras de la primera generación de la “Escuela de Frankfurt” a plantear un paso del capitalismo liberal-monopolista al “capitalismo de Estado”. Horkheimer no cuestiona en modo alguno “el presupuesto, según el cual el modelo de producción industrial planificado, sin propiedad privada, es la condición material suficiente del socialismo. Tampoco se pregunta si la producción industrial en sí no estaría mejor definida en términos sociales, tal como está configurada por la forma social del capital”⁸⁶.

“La afirmación de Horkheimer”, señala Postone, “según la cual ‘el capitalismo de Estado se parece, a veces, a la parodia de una sociedad sin clases’, implica que el capitalismo de Estado represivo y el socialismo emancipador tengan la misma base material, mostrando, así, el callejón sin salida de la teoría marxista tradicional llevada a sus límites. Sin embargo, Horkheimer (y también Pollock) no vuelve a teorizar sobre las determinaciones de base de esta teoría. En lugar

⁸⁴ Ibid, pág. 78.

⁸⁵ Gérard RAULET, op. cit, pág. 32, subrayado de C.H. (Postone hace la misma observación).

⁸⁶ Moishe POSTONE, *Tiempo, trabajo y dominación social*, op. cit, pág. 171.

de ello, continúa identificando las fuerzas productivas con la forma de producción industrial”⁸⁷.

En el “Estado autoritario”, las fuerzas productivas son siempre identificadas, según Horkheimer, como un proceso de producción social constituido no de manera capitalista sino transhistórica. Un proceso que se encuentra con la incapacidad de desarrollar todo su potencial debido a relaciones sociales capitalistas identificadas con el mercado y la propiedad privada. De acuerdo con este enfoque, estas relaciones fragmentan y ocultan la totalidad y la síntesis del universo social constituido por el trabajo, que muy bien podría realizarse sin ellas. Como en el caso del marxismo tradicional, el punto de vista de su crítica (y podemos decir lo mismo de Adorno) del orden existente, en nombre de la razón y de la justicia, siempre es proporcionado por el “trabajo”. En primer lugar, Horkheimer fundamenta la posibilidad de emancipación en el “trabajo” que llega a ser él mismo y se manifiesta como aquello que constituye la totalidad social. Sin embargo, esta afirmación del trabajo en el marxismo tradicional –la condición de la emancipación– conduce finalmente a un *incremento de la represión*. Es necesario añadir, no obstante, que Horkheimer distingue asimismo una forma de capitalismo de Estado que intenta defender, concretamente el socialismo de Estado, en el cual el dominio del Estado no llegara a ser integral (si no una “posibilidad fallida”) y habla entonces de la necesidad de una “democratización de la administración”⁸⁸.

Sin embargo, debido a la concentración y a la creciente centralización del capital, la década de 1930 dio lugar a nuevas posibilidades de *dominación social*, y será a partir de estos momentos cuando esta intervención se “pondrá en práctica conscientemente”⁸⁹. Horkheimer habla también de un “Estado autoritario de dominación abierta”⁹⁰ por parte de pequeños círculos muy poderosos. Nueva dominación, que Horkheimer y Adorno intentan captar por medio de una crítica de la dominación política, de la manipulación ideológica y de la industria cultural. Las antiguas relaciones sociales capitalistas mediadas por el mercado son ahora sustituidas por una “autoridad organizativa” bajo la forma de un “mecanismo social perfectamente jerarquizado” que invade el conjunto del espacio social, bajo el efecto del “capitalismo de organización” y de la pérdida de autonomía de la esfera de la circulación, controlada a partir de ahora por el Estado y los monopolios. “Las rela-

⁸⁷ Ibid., pág. 170.

⁸⁸ Max HORKHEIMER, *Théorie critique*, op. cit., pág. 336.

⁸⁹ Ibid., pág. 337, ver las ilustraciones que da el autor págs. 337-338.

⁹⁰ Ibid., pág. 343.

ciones de producción burguesas, aceleraron primero y después frenaron, la expansión de la producción (...). Hoy esta expansión ha conducido *del beneficio a la dominación*⁹¹. Ahora, “la burocracia retoma de nuevo el control de los mecanismos económicos, que bajo el reinado del principio del beneficio escapa al control de la burguesía”⁹². Aquí se ve claramente que el concepto ahistórico de “dominación”, que va a convertirse junto con el “principio de intercambio” en una de las categorías fundamentales de Adorno y Horkheimer, deriva directamente de su interpretación marxista tradicional de la transformación hacia el capitalismo post-liberal. “Este cambio”, observa Postone, “propuesto en el objeto de estudio de la Teoría Crítica, es decir, el hecho de insistir más en la dominación y la manipulación conscientes, está vinculado con la idea de que el mercado –y más concretamente en su modalidad indirecta y oculta– no juega el mismo papel que en el capitalismo liberal”⁹³. De forma simplificada, Horkheimer terminará comprendiendo el capitalismo postliberal en términos de unas relaciones de poder más concentradas que antes y de unas prácticas políticas particularistas de los “dirigentes de la economía”:

“La burguesía del período liberal se caracterizaba por el número relativamente elevado de existencias independientes. El proceso económico operó una concentración de poder en manos de los monopolios, hoy de los *rackets* en los diversos sectores industriales, de los expertos y de los políticos, que presionan a través de los canales de una estructura fuertemente jerarquizada para que se produzca una determinada gestión rígidamente organizada, que se va a corresponder con la sociedad automatizada propiamente dicha”⁹⁴.

El análisis de Horkheimer, prisionero de los presupuestos del marxismo tradicional, revela entonces lo que sería la pesadilla de éste último. Realiza la crítica desde el punto de vista del trabajo y de las fuerzas productivas, pero se trata de una crítica desilusionada, desencantada y horrorizada ante un futuro devastador. El potencial emancipador de las fuerzas productivas no se ha producido como esperábamos. “Las máquinas, escribe Horkheimer, se han convertido en un medio de destrucción, (...) En el lugar del trabajo, son los trabajadores mismos los que ahora se han vuelto innecesarios”⁹⁵. Las nuevas relaciones sociales de producción estable-

⁹¹ Ibid., pág. 344.

⁹² Ibid., pág. 345.

⁹³ Moishe POSTONE, op. cit., pág. 167.

⁹⁴ Max HORKHEIMER, *Notes critiques (1949-1969)*. *Sur le temps présent*, Paris: Payot et Rivages, 2009, pág. 285.

⁹⁵ Max HORKHEIMER, *Théorie critique*, op. cit., pág. 329.

cidas por el Estado, tan anacrónicas y superfluas como las relaciones sociales de producción establecidas por el mercado, deben mantenerse de forma autoritaria a través de la guerra o de una amenaza permanente de guerra. Lejos del paraíso de la emancipación, el desarrollo de las fuerzas productivas extrínsecamente vinculadas a las relaciones sociales capitalistas, ha terminado al servicio de la dominación establecida por las nuevas relaciones sociales de producción, mediatizadas por el Estado y por lo que Adorno llama el “mundo administrado”. Esta pesadilla es claramente expresada por Adorno, que pone en evidencia todo aquello que los mantiene unidos a la antigua interpretación.

“La expectativa de Marx ha sido *demasiado optimista*, ya que, desde un punto de vista histórico, no tenía ninguna duda de la supremacía de las fuerzas productivas (tecnología e industrialización), que necesariamente harían saltar en pedazos las relaciones de producción”.

“Frente a este desarrollo tecnológico, las relaciones de producción han puesto en evidencia más *flexibilidad* de la que Marx les creía capaces”⁹⁶.

Horkheimer señaló en los mismos términos:

“Originariamente [en los años de 1920], se pensaba que cada ejecución de un nuevo elemento de planificación eliminaría una nueva parte de represión. En su lugar, el control de la planificación ha cristalizado en una represión cada vez más fuerte”.

Las “necesidades humanas”, en este marco, no son siempre la finalidad de una producción entendida con demasiada ligereza como metabolismo con la naturaleza y no como base de la valorización. Además, esta nueva realidad social postliberal es siempre interpretada como no-contradictoria: no hay, a sus ojos, contradicción ni disyunción entre las fuerzas productivas desarrolladas (en el sentido tradicional) y la dominación política autoritaria que constituye el nuevo contexto social. Y aquí, la historia, en cuanto desarrollo necesariamente represivo de fuerzas productivas transhistóricas, aparece a partir de ahora totalmente determinada; la libertad y la teoría crítica ya no se encuentran en una relación autorreflexiva respecto a las formas sociales que intentan captar, puesto que ya no existe contradicción: “La libertad”, observa Postone, “queda [a partir de ahora] fundada como un acto puramente voluntario, como un acto de voluntad contra la historia”⁹⁷.

⁹⁶ Theodor W. ADORNO, “Capitalisme tardif ou société industrielle ?”, op. cit., pág. 95 y 87.

⁹⁷ Moishe POSTONE, op. cit., pág. 171.

2.1 De la pesadilla a una metafísica frankfurtiana de la historia

Si bien todavía encontramos en los escritos de Horkheimer de 1935 la reafirmación de que “las formas sociales presentes se captan en la crítica de la economía política”⁹⁸, hemos visto hasta qué punto esa incitación no termina de ser central. En los años de 1930, observa Jean Marie Vincent, existen “*dudas a la hora de utilizar las herramientas críticas disponibles sobre una parte de la realidad, esto es, sobre las relaciones entre política y economía*”⁹⁹. Aunque las relaciones en transformación son el principal objeto de reflexión durante estos años, sin embargo, hay cierta incertidumbre sobre sus teorizaciones. Adorno y Horkheimer oscilan, por un lado entre la conservación de la teoría crítica marxista del valor, que ellos leen superficialmente sin llegar a trabajar en profundidad, convirtiendo el valor en un simple elemento parcial, “económico”, y no en una categoría de la totalidad social que incluye también al sujeto, y, por otro lado, la tesis de la desaparición de la realidad dialéctica del capitalismo, respaldada por nuevas tesis que no tendrán nada que ver con una crítica de la economía política¹⁰⁰. Esta indecisión termina por constituir un vacío que se llenará progresivamente por un *doble descentramiento* de la teoría crítica: un primer descentramiento hacia nuevos objetivos (la política, la ideología y la razón instrumental); un segundo descentramiento que consiste en abarcar, no solo la sociedad capitalista, sino *el conjunto de la historia humana* (y por lo tanto bascular hacia una teoría que no es históricamente específica). En este marco, su reflexión se focaliza, a partir de ahora, sobre la siguiente tríada de conceptos: “principio del intercambio”, principio de “dominación” y principio de “razón”, en los que los restos de la crítica de la economía política solo serán los derivados de escasa magnitud. Se produce, a juicio de J. M. Vincent, la constitución de una nueva “*filosofía de la historia* que explica la automatización de las relaciones sociales únicamente a partir de las relaciones entre las personas, sin hacer una crítica (...) de las

⁹⁸ Max HORKHEIMER, “Zum Problem der Wahrheit”, cit. Jean-Marie VINCENT, *La théorie critique de l’Ecole de Francfort*, op. cit., pág. 79.

⁹⁹ Ibid., pág. 88.

¹⁰⁰ “Su compromiso con la teoría del valor”, escribe J. M. Vincent, “como fundamento del análisis de la sociedad contemporánea, depende más de una petición de principio, que de una reflexión rigurosa. En cierto nivel de elaboración la teoría del valor es satisfactoria (crítica de la reificación), y por lo tanto no debe ser abandonada. Sin embargo, esta terquedad no impide una lenta contaminación de la teoría crítica por la metafísica, que había sido rechazada conscientemente antes” (ibid, pág. 89).

relaciones de producción”¹⁰¹. Filosofía de la historia que, involuntariamente, adquiere la forma de una metafísica frankfurtiana de la historia:

“Toda teoría que suponga una lógica inmanente de la historia en cuanto tal –ya se trate de una lógica dialéctica o evolucionista–, sin que esta lógica se base en un proceso determinado por la constitución social, (...) proyecta como historia de la humanidad aquello que es específico del capitalismo. Este tipo de proyección disimula la base social real de la dinámica direccional de la historia. El proceso histórico es transformado así de objeto de análisis social en su presupuesto metafísico.”¹⁰²

Los fundamentos de esta metafísica de la historia, aparecen por primera vez en Adorno, en su texto de 1932 sobre “La idea de historia natural”¹⁰³, donde desarrolla una filosofía negativa de la naturaleza y de la historia y afirma que no es la sociedad (y, dentro de la historia actual, la sociedad capitalista) la que posee una naturaleza dialéctica, sino que es la naturaleza en sí misma en sus relaciones con el ser humano. En el corazón de las sociedades humanas, sean cuales sean, hay una apropiación de la naturaleza por parte los hombres. Es de esta relación “instrumental” con la naturaleza, que se remonta al comienzo de los tiempos, de donde surgirán todos los cambios posteriores. Horkheimer, que sigue los pasos de Adorno, trata de comprender la historia de la humanidad como historia natural. La evolución alocada de la técnica es el resultado de la indescriptible necesidad de expansión propia de la humanidad y constituye un signo de brutalidad si comparamos al hombre con el resto de seres vivos de la naturaleza. Todas las características específicas del capitalismo que le distinguen radicalmente de otras sociedades humanas desaparecen en sus análisis¹⁰⁴. Adorno y Horkheimer no priorizan el análisis crítico de la vida social moderna y la peculiaridad que adquiere la producción en la misma, prefieren analizar los modos atemporales que han circulado indistintamente en todas las sociedades humanas. *El intercambio no se estudia ya en sus determinaciones dentro del capitalismo y se convierte en una categoría suprahistórica* referida a la socia-

¹⁰¹ Ibid. págs. 89-90.

¹⁰² Moishe POSTONE, op. cit., pág. 450

¹⁰³ Theodor W. ADORNO, *L'actualité de la philosophie et autres essais*, Paris: éditions Rue d'Ulm, 2008.

¹⁰⁴ Para una teoría y una metodología que se centran tanto en el carácter históricamente específico de las formas sociales capitalistas, como en su dinámica intrínseca y, por lo tanto, anticipan una diferencia abismal con las sociedades pre o no-capitalistas, ver Robert KURZ. *Geld ohne Wert. Grundrisse zu einer Transformation der Kritik der Politischen Ökonomie*, Berlin: Horleman, 2012.

lización humana como tal, en la que el intercambio de mercancías no es nada más que un ejemplo histórico entre otros.

Aunque Adorno, Horkheimer y Marcuse han criticado (al igual que hizo Ellul) el culto al trabajo, proyectan anacrónicamente el trabajo –en parte de manera explícita, en parte de manera implícita– a la historia pasada y lo aplican de manera errónea a las sociedades no capitalistas. Como en el caso del concepto de la razón moderna que se entiende transhistóricamente¹⁰⁵, hay en Horkheimer y Adorno una ausencia de la conceptualización que sería válida sólo para una determinada formación social histórica en favor de grandes principios transhistóricos e invariantes (aunque no ontológicos o antropológicos) cuyo origen se encuentra en períodos muy remotos (la racionalidad moderna encuentra entonces su origen en la antigüedad griega en lugar de situarla en el proceso de constitución de la modernidad capitalista). El punto culminante de esta constitución de una metafísica de la historia es el capítulo de la *Odisea* en *La dialéctica de la razón*, que hace de la astucia de Ulises una figura característica de la racionalidad calculada –que borraría la especificidad del espíritu de cálculo racional del empresario capitalista moderno. Finalmente, como en el caso de Pollock o Sohn-Rethel, estos autores no ven que, así como en las demás categorías/formas sociales fundadoras del capitalismo (la mercancía, el valor, el capital) hace falta una especificación histórica, el trabajo en cuanto tal expresa una forma fetichista de relaciones sociales capitalistas y no el metabolismo con la naturaleza¹⁰⁶. No constituye, pues, una forma social transhistórica, sino social, cultural e histórica. Es una actividad específicamente capitalista, que a partir del siglo XIV, en el marco de lo que el historiador americano Geoffrey Parker ha llamado la “revolución militar”¹⁰⁷, se va a separar de otras actividades, en

¹⁰⁵ Para una crítica de la retroproyección transhistórica y totalmente anacrónica de la noción específicamente moderna de la razón y de *Aufklärung* en las obras de Adorno y Horkheimer, ver Norbert TRENKLE, “Négativité Brisée. Remarques sur la critique de l’*Aufklärung* chez Adorno et Horkheimer”, en *Lignes*, n°11, 2003; ver también Norbert TRENKLE, “Critique de l’*Aufklärung* : 8 thèses”, *Streifzüge*, n°56, Austria, 2012; así como Anselm Jappe “Sic transit gloria artis. La ‘fin de l’art’ chez Theodor W. Adorno et Guy Debord”, en *L’avant-garde inacceptable. Réflexions sur Guy Debord*, Paris: éd. Léo Scheer-Lignes, 2004, pág. 74-75.

¹⁰⁶ Para una crítica de la comprensión del concepto de “trabajo abstracto” en Alfred Sohn-Rethel, cf. el prólogo de Anselm JAPPE en Alfred SOHN-RETHEL, *La pensée-marchandise*, Bellecombe-en-Bauges: éditions du Croquant, 2010.

¹⁰⁷ Geoffrey Parker, *La révolution militaire. La guerre et l’essor de l’Occident, 1500 – 1800*, Paris: Gallimard, 1993. La interpretación de este libro por la “crítica del Valor” en el sentido de una tesis sobre los orígenes destructivos del capitalismo se encuentra en Robert KURZ, “La modernité á explosion. L’innovations par les armes a feu, l’expansion par la guerre: un regard sur la préhistoire du travail abstrait”, en *Jungle Word*, Alemania, 9 de enero de 2002.

el tiempo y en el espacio, en el seno del surgimiento radical de una realidad económica específica de la forma de vida social capitalista¹⁰⁸. La forma concreta del trabajo, solo existe donde existe la cara abstracta del trabajo y del valor. Cada una de las dos caras del trabajo viene determinada por la existencia de la otra y, por lo tanto, no pueden existir independientemente. Co-emergen como las dos caras indisolubles de una misma actividad histórica, que debería considerarse, en un sentido moderno, como una actividad del trabajo¹⁰⁹. Decir que el “trabajo concreto” existe antes que el “trabajo abstracto” es un anacronismo, ya que el hecho de reunir bajo el mismo concepto (“el trabajo”) un conjunto de actividades sociales con sus particularidades concretas, sociales y vivas, que no tienen nada en común, no puede considerarse como un hecho natural o como algo que siempre ha existido en la historia, sino, más bien, como una abstracción llevada al extremo que surge únicamente en la modernidad capitalista. De esta forma hablar de “trabajo” es un indicativo de la indiferencia hacia el contenido concreto de las actividades sociales pre-capitalistas y hacia su contexto/forma históricamente determinado, es decir, hacia su determinación particular a través de la forma en que se “articula” (Polanyi) en el seno de la totalidad de las relaciones sociales no-económicas, que constituyen y reproducen una sociedad pre o no capitalista¹¹⁰. Para que se pueda abstraer de los contenidos particulares, sociales y vivos de diversas actividades sociales entrelazadas, una dimensión común que es ya la marca de una abstracción sin límite, haría falta, si se sigue la terminología de Postone, que estas actividades se

¹⁰⁸ “La ‘crítica de la economía política’ de Marx, no es solo una crítica de las doctrinas económicas burguesas, sino que constituye especialmente una crítica de la existencia de la ‘economía’ en sí misma. En ninguna parte en Marx la palabra ‘economía’ sugiere un significado positivo, en ninguna parte se califica su teoría de ‘doctrina económica’ o de cualquier cosa de este género.” Anselm JAPPE, *Les Aventures de la marchandise*, op. cit., pág. 213.

¹⁰⁹ Repasemos aquí las páginas “El trabajo es una categoría capitalista”, en A. JAPPE, *ibid*, págs 118-129, así como el texto de Norbert TRENKLE, “Qu’est-ce que la valeur ? Qu’en est-il de sa crise ?” en *Streifzüge*, n° 3, 1998.

¹¹⁰ “Es, pues, importante subrayar que nuestra crítica afecta al concepto de “trabajo” en sí mismo, pero sólo al “trabajo abstracto”. No se puede simplemente oponer el trabajo abstracto y el trabajo concreto, y mucho menos como si fueran el “mal” y el “bien”. El concepto de trabajo concreto es en sí mismo una abstracción, porque se separa el espacio y el tiempo, ciertas actividades de un campo entero de actividades humanas: el consumo, el juego y la diversión, el ritual, la participación en asuntos comunes, ... Un hombre de la época pre-capitalista no habría tenido jamás la idea de colocar al mismo nivel del ser, en cuanto “trabajo” humano, la fabricación del pan, la ejecución de una pieza de música, la dirección de una campaña militar, el descubrimiento de una figura geométrica y la preparación de una comida. La categoría del trabajo no es ontológica, sino que existe solamente allí donde existe el dinero como forma habitual de la mediación social [la sociedad capitalista]”, Anselm JAPPE, *ibid*, pág. 119.

colocaran en la situación/posición de poseer un rol socialmente mediatizado, central y estructurador en el seno de las relaciones sociales. Ese es el “desanclaje” al que se refiere Polanyi de muchas prácticas sociales heterogéneas incrustadas en el seno de relaciones sociales no-económicas en las sociedades pre o no capitalistas. Estas prácticas sociales, debido a la “disociación del valor” (Roswitha Scholz), van a tener lugar de aquí en adelante en el mismo nivel de ser y serán consideradas entonces como “trabajo”.

Esto es así, particularmente, porque existe un conjunto de actividades no relacionadas dentro de un papel socialmente mediador (de ahí que tengan un lado abstracto), que se reducen a la abstracción de tener un lado concreto (“trabajo concreto” en la terminología clásica del marxismo). Al no existir más que como trabajo concreto indiferente a su contenido, aparecerían ya en su otra cara, la del trabajo abstracto y viceversa. Podría decirse, que la cara abstracta de la actividad específicamente moderna *precipita* una cara concreta que no es más que una sombra. Dentro del capitalismo, la cara concreta del trabajo desempeña el rol de apoyo material de una cara abstracta indisociable. Sin embargo, el trabajo como tal no es entendido en la primera generación de la “Escuela de Frankfurt” como una forma de mediación social históricamente específica de la sociedad capitalista.

Adorno y Horkheimer suelen pensar en general que es el intercambio –y no el valor, la cara abstracta de todo trabajo– el “hecho básico” social para la modernidad, que en último término define a la sociedad burguesa. Este concepto de “principio de intercambio” viene de la lectura errónea que hizo Adorno del primer capítulo de *El Capital* de Marx referido al valor. Él lo interpreta como la reducción de un hipotético “trabajo humano” transhistórico al concepto abstracto de tiempo de trabajo promedio. Esta reducción, que se formula según Adorno en la esfera de la circulación, reduce al capitalismo a un modo de distribución (y así, su teoría de la circulación se ve truncada). El principio del intercambio de equivalentes lo va a proyectar, de manera anacrónica, a las sociedades pre-capitalistas (como el marxismo tradicional proyectó sobre las mismas el valor y el trabajo), principio del que espera una permanencia en la sociedad post-capitalista, aunque bajo una forma corregida, esto es, la “realización del intercambio” (Alex Demirović) en cuanto realización del principio de igualdad del que es portador el principio de intercambio y que sólo ha sido violada por la usurpación del plus-valor. Dicho de otro modo, si los salarios, como sostiene Adorno, se establecen en función de la fuerza de trabajo empleada y si los trabajadores no fueran desposeídos de una parte de su producto,

entonces ya no habría más plus-valor, ni beneficios, ni acumulación de capital¹¹¹. Así, mientras que para Postone, la constitución de la estructura de la vida social en el capitalismo depende del trabajo, que mediatiza a la vez las relaciones de los hombres entre ellos y las relaciones de los hombres con la naturaleza, para los Frankfurtianos el trabajo es una función de esta última y la única mediación: el “trabajo” en el sentido transhistórico. Su crítica permanece realizada *desde el punto de vista del trabajo*.

La metafísica frankfurtiana, forjada alrededor de un nuevo concepto de dominación, que será el centro de la *Dialéctica de la razón*, aparece también muy claramente en el texto ya citado de 1940 (Horkheimer). En él, el autor, comienza a forjar un concepto transhistórico de “Estado autoritario”. Este concepto no específico de dominación es conducido por el autor a través de diferentes épocas, según su deseo y sus conocimientos históricos muy aproximados: si “el capitalismo de Estado es el *Estado autoritario del presente*”¹¹², hay entonces otras formas históricas de “Estado autoritario”. Escribe entonces una serie de páginas sobre sus orígenes, tanto por el lado de las organizaciones proletarias como por el de los “partidos radicales [de la época burguesa] cuyo destino siempre ha sido el Estado autoritario”¹¹³. En esta dialéctica histórica, Horkheimer piensa que el capitalismo de Estado es “también una forma antagonista, perecedera”¹¹⁴, y que haría falta, “predecir el colapso: provocado por los obstáculos que la burocracia opone a la productividad”¹¹⁵. Pero aquí Horkheimer entra en una anacrónica digresión transhistórica mediante la retro-proyección de todas las categorías y formas sociales capitalistas a sociedades antiguas y medievales, pensando que ya hay ejemplos de regresiones en las que a “una gran interdependencia de sujetos dependientes [que identifica con la fase liberal] sucede un largo período de opresión reforzada”¹¹⁶ y ve ya volver a emerger un “esclavo moderno” que ya había mostrado su nariz en otros mundos históricos. Horkheimer se embarca aquí en la construcción de un concepto de “dominación” ahistórica, que traslada de sociedad a sociedad de acuerdo con su estado de ánimo, lanzando entre ellas puentes cada vez más anacrónicos.

¹¹¹ Cf. Alex DEMIROVIĆ, “Liberté et humanité”, *Variations. Revue internationale de théorie critique*, Parangon, otoño 2005, “La Théorie critique. Héritages hérétiques”, págs. 10-13.

¹¹² Max HORKHEIMER, “L’État autoritaire”, op. cit., pág. 330.

¹¹³ Ibid., pág. 334.

¹¹⁴ Ibid., pág. 344.

¹¹⁵ Ibid.

¹¹⁶ Ibid.

2.2 Adorno en el laberinto del marxismo tradicional

Los callejones sin salida a los que se dirigieron Adorno y Horkheimer fueron más evidentes durante la década de 1960. Muchos de sus textos intentaron navegar por los meandros de una definición de la nueva sociedad y fueron empleados muchos calificativos con el fin de identificarla: “capitalismo tardío”, “sociedad industrial”, “sociedad automática”¹¹⁷, “mundo administrado” o, de nuevo, “mundo automatizado”¹¹⁸. No hay nada más obvio sobre estas dificultades teóricas insuperables que surgen del marxismo tradicional que la conferencia de Adorno en 1968 en el XVI Congreso de sociólogos alemanes: “¿Capitalismo tardío o sociedad industrial?”¹¹⁹. Sin embargo, Adorno trató de superar ciertas aporías de Pollock sosteniendo una concepción mucho más dialéctica de las fuerzas productivas.

Retomando el hilo del primer cuestionamiento de Pollock, habría que averiguar, según Adorno, si “el sistema capitalista continúa dominando conforme a su modelo, por modificado que esté, o si el desarrollo de la industria, por el contrario, ha dejado obsoleto el concepto mismo de capitalismo, la diferencia entre Estados capitalistas y no capitalistas, esto es, la crítica realizada al capitalismo. Dicho de otra manera, se trataba de averiguar si es justa la tesis de que Marx habría sido superado”¹²⁰.

Partiendo de que la contradicción y el antagonismo se encuentran en el corazón de la estructura de toda sociedad, Adorno se negó a dar una respuesta simple (“se negó a simplificar”) rechazando la pregunta planteada sobre el principio de la no-contradicción que procede por alternativas. La tesis en boga en la sociología alemana de la época sobre la superación de las relaciones sociales capitalistas en favor de un mundo ahora determinado completamente por el despliegue de la tecnología (se puede pensar también en Ellul) es criticada todo el tiempo por el autor¹²¹.

¹¹⁷ Max HORKHEIMER, *Observaciones críticas*, op. cit., pág. 285.

¹¹⁸ *Ibid*, pág. 283

¹¹⁹ Dos artículos que parecen ser traducciones bastante diferentes de un mismo texto son publicados después de esta conferencia: “Marx est-il dépassé ?” (*Diogène*, n° 64, 1968) y “Capitalisme tardif ou société industrielle ?”, op. cit.

¹²⁰ Theodor W. Adorno, “Capitalismo tardío o sociedad industrial”, op. Cit., P. 85 (señalo).

¹²¹ El cambio de Jacques Ellul con respecto a su propia tesis sobre la autonomía de la tecnología data de 1988 en el famoso capítulo III “Los costes: la nueva relación entre la tecnología y la economía política”, en la tercera parte de su obra *Le bluff technologique* (Paris: Hachette, 1988). En su teoría de las cuatro etapas en las relaciones entre “tecnología” y “economía”, en la 3ª (1955-1975) y la 4ª etapa (después de 1975), Ellul observa que la tecnología “ha dejado de ser autónoma respecto de la economía, la realidad económica y el funcionamiento de la economía” (págs. 446-447). Sin

Su punto de partida es la crítica del título mismo de su conferencia:

“El dialéctico, por otra parte, es el último en tener derecho a imponerse una clara disyunción entre el capitalismo tardío y la sociedad industrial. [...] No se trata de elegir entre las dos fórmulas en función del punto de vista o de los gustos científicos: es más bien al contrario su relación la que expresa la contradicción que caracteriza al estado actual y que corresponde a la sociología articular teóricamente”¹²².

Sin embargo, no se trata, en un primer momento, de hacer un balance de los pronósticos de la teoría marxista clásica. Adorno explica que la teoría del plus-valor no se ha demostrado, a su entender, porque “debería explicar las relaciones de clase y la intensidad del antagonismo de clase” y, puesto que la teoría del proletariado no ha sido verificada (ni empobrecimiento, ni conciencia de clases, integración del proletariado en la sociedad burguesa), entonces “el núcleo de la teoría [marxista], a saber, la teoría del plus-valor, se ve afectado”¹²³. Considerándola inválida simplemente porque la teoría del proletariado que debía expresarla no ha sido verificada, Adorno piensa entonces “que hace falta actualmente una teoría objetiva del valor”. Pero esta situación de orfandad de la teoría está justificada porque “la irracionalidad de la estructura social actual [la economía de mercado está tan agujereada, advierte, que] impide cualquier despliegue racional en la teoría.”¹²⁴ Dado que este mundo muestra tal “irracionalidad objetiva”, una teoría del valor se vuelve imposible¹²⁵.

“Apoyándose en las categorías de la teoría-crítica dialéctica” es como Adorno va cuando menos a esbozar una respuesta a la pregunta planteada. Es así como en este nivel de su argumentación toda la prisión de los presupuestos del marxismo tradi-

embargo, esta nueva relación, considerada solamente en términos de “costes” de la técnica, es entendida de manera igualmente limitada por Ellul que en *La tecnología o el reto del siglo* (1954) o en *El sistema tecnológico* (1977). No se comprende porqué estos “costes” serían más determinantes después, que antes de 1955. Ellul piensa que la técnica es exterior a las relaciones sociales capitalistas y que solamente está “limitada” por éstas. A pesar de este giro, pierde la oportunidad de formular una teoría de la especificidad histórica y social de la tecnología de producción en concreto.

¹²² Theodor W. Adorno, “Capitalisme tardif ou société industrielle ?”, op. cit., pág. 89.

¹²³ Ibid., pág. 91.

¹²⁴ Ibid.

¹²⁵ En 1961, Adorno observa que “la irracionalidad de la sociedad burguesa en su etapa tardía es refractaria a su comprensión. *Eran buenos tiempos en los que se podía escribir una crítica de la economía política de esta sociedad, a partir de su propia razón*, porque después prescindió de ella y la reemplazó virtualmente por un poder de disposición directa”. O todavía, “la perspectiva según la cual la orientación de los procesos económicos pasa a manos del poder político es una consecuencia que se puede deducir de la naturaleza dinámica del sistema [en su modelo clásico], pero que desemboca, al mismo tiempo, en una irracionalidad objetiva”.

cional se cierne sobre él, en el sentido de que es preciso reconocer que resultados de su demostración no derivan de ellos. La sociedad postliberal es descrita como una sociedad paradójica, una especie de punto intermedio, una hidra de dos cabezas, una de las cuales sigue siendo aquella sociedad capitalista y la otra, otra cosa, la “sociedad industrial”¹²⁶.

Estos dos aspectos de la sociedad presente quedan, no obstante, intrínsecamente relacionados, pero de una manera fundamentalmente transitoria y no fijada:

“La sociedad actual es sin duda una sociedad industrial si nos referimos al nivel de sus fuerzas productivas [...]. Sin embargo, una sociedad capitalista en cuanto a sus relaciones de producción se refiere”¹²⁷.

Las dos características que permiten definir a las sociedades contemporáneas como “sociedades industriales”, son las siguientes:

1. La sociedad industrial es indiferente a los “sistemas políticos” (USA/URSS).
2. El trabajo industrial se convierte en “el *patrón común* de la sociedad”. En ese sentido “se desarrolla hasta convertirse en *totalidad*”. “Los procedimientos que equiparan aquella industria se extienden” a la producción, a la administración, a la distribución y a la cultura (convertida en “industria cultural”).

Puesto que Adorno identifica, al igual Pollock, las fuerzas productivas como no pertenecientes a la especificidad del capitalismo, entonces el auge del trabajo industrial y de la tecnología en la sociedad (taylorismo, fordismo, automatización, ...) muestra, por un lado, que la sociedad postliberal ya no es una sociedad capitalista, sino una “sociedad industrial”. Por otro lado, los otros elementos permiten decir a Adorno que, a pesar de todo, las relaciones de producción siguen siendo capitalistas (expresan los “aspectos estáticos” de la sociedad actual):

1. Dentro de un mecanismo social que los sobrepasa, los individuos (trabajadores y capitalistas) siguen siendo fundamentalmente unos portadores de

¹²⁶ Jacques Ellul se opondrá a este concepto utilizado en Francia por Raymond Aron: “Es evidente que la sociedad occidental ha sido una sociedad industrial en el siglo XIX (...). Observamos que el hecho industrial está caracterizado por la multiplicación de las máquinas y por cierta organización de la producción [...]. Pero hoy, el hecho industrial, que es siempre considerable, tiene poco en común con lo que era en el siglo XIX, y sobre todo se ahoga en una serie de otros fenómenos igualmente importantes, los cuales han determinado que son independientes de él, adquiriendo un volumen y una fuerza transformadora que escapa a la industria en sentido estricto. La sociedad actual sigue siendo industrial, pero esto no es lo más esencial.” Jacques ELLUL. *Le système technicien*, Paris: Le cherche midi, 2012 [1977], págs. 13-14.

¹²⁷ Theodor W. Adorno, “Capitalisme tardif ou société industrielle?”, op. cit., pág. 93. Señalado por el autor.

un rol, unos soportes, unas funciones, unos apéndices del proceso económico que los subsume¹²⁸.

2. “Se produce, a lo largo del tiempo, para obtener beneficio”.
3. Las necesidades se convierten en soportes para la reproducción tautológica del aparato de producción (“de ahora en adelante el ‘valor de uso’ de las mercancías ha perdido todo lo que quedaba de la evidencia de “naturaleza primera”; “solo se tienen en cuenta en razón del interés por el beneficio –en detrimento de las necesidades objetivas de los consumidores–”; “en las necesidades se oculta siempre, para bien o para mal, toda la sociedad”).

Sin embargo, estas relaciones no saltaron por los aires por la dinámica de las fuerzas productivas; han mostrado una “elasticidad” que no había sido prevista:

“Ya no son relaciones de producción basadas únicamente en la propiedad, sino en la administración, incluyendo, en lo más alto de la escala, el papel del Estado como capitalista global”¹²⁹.

Se produce, a juicio de Adorno, una nueva co-determinación recíproca de fuerzas productivas y relaciones de producción, aunque dándole siempre la primacía a estas últimas. En cierto sentido, observa que “la racionalización de las relaciones de producción empieza a parecerse a la racionalidad técnica y consiguientemente a las fuerzas productivas” (menos estáticas y más flexibles). Pero, en sentido inverso, “los acontecimientos no han tomado la dirección esperada”¹³⁰ porque las relaciones de producción han resistido y no han colapsado, como se pensaba: “es debido a la pura y simple conservación de uno mismo, por lo que las relaciones de producción han continuado sometiendo a las fuerzas productivas desatadas, a través de parches, remiendos y medidas particulares. La signatura de la época fue la supremacía de las relaciones de producción sobre las fuerzas productivas, que, sin embargo, han desafiado desde hace tiempo cualquier comparación con esas relaciones”¹³¹. Y, por lo tanto, refiere la técnica a las relaciones de producción tal como las definió:

“La fatalidad no es la técnica en sí misma, sino el hecho de que esté intrínsecamente ligada a relaciones sociales por las que está atrapada. Recordemos simple-

¹²⁸ Aquí Adorno se burla de la teoría de la “Revolución gerencial” de Burnham, afirmando que, dada la permanencia de esta constitución de los individuos-soporte del proceso económico, el hecho de que el poder pase de manos de los propietarios legales de los medios de producción a la burocracia es algo totalmente secundario.

¹²⁹ Ibid, pág. 95.

¹³⁰ Ibid, pág. 96.

¹³¹ Ibid.

mente que han sido el *interés por el beneficio y la dominación* los que han canalizado el desarrollo tecnológico: este último, hasta el momento, se asocia de manera fatal a las *necesidades de control*¹³².

Sin embargo, se produce una doble problematización de la teoría en un punto intermedio que Adorno, de algún modo, quiere conciliar. Conserva el término de “beneficio” sin referirse a la teoría marxista de la explotación del plus-valor y al lado de esta categoría indeterminada de “beneficio” introduce la nueva metafísica de la historia en el tema de la dominación de la naturaleza por la tecnología, que termina en la dominación del hombre por el hombre. La teoría de la naturaleza profunda de la forma industrial de las fuerzas productivas oscila, según Adorno, entre estos dos polos. Su concepto de “beneficio” sigue siendo borroso y poco preciso. Él no ve que la estructura de la industria está de cabo a rabo *constituida siguiendo los parámetros del capitalismo*. Sobre esto, insistirá Postone en la tercera parte de su obra.

Hay dos razones principales para explicar, según Adorno, porqué las relaciones de producción no han saltado por los aires, sino que han mostrado una gran “elasticidad”. Por una parte, porque debido su carácter industrial el desarrollo de las fuerzas productivas ha permitido una abundancia de bienes tal, que la clase baja se ha incorporado al consumo y no ha tenido, en efecto, ningún interés en transformar las relaciones de producción existentes. Pero de ninguna manera este desarrollo ha dado lugar a la primacía de la tecnología sobre las relaciones de producción. La tecnología no ha sido automatizada, como llegaron a decir ciertos sociólogos (Ellul en Francia), porque se he perdido la voluntad subjetiva de la clase baja para que las relaciones de producción dejaran escapar a las fuerzas productivas industriales. Por otra parte, en el contexto de la Guerra Fría, “los antagonismos internacionales (...) conectado de manera flagrante con las relaciones de producción (...). Estas difícilmente se podrían haber afirmado con tanta obstinación sin provocar la agitación apocalíptica que representaban las nuevas crisis económicas, de no haber sido porque una parte importante del producto social –que no encontraba mercado– no hubiera sido utilizada para la producción de medios de destrucción”¹³³. La modificación decisiva es idéntica a las tesis de Pollock: es a través de un control ejercido por el Estado sobre la economía como se supera el mercado y su

¹³² Ibid, págs. 94-95

¹³³ Ibid, págs. 98-99.

dinámica identificada con la propiedad privada y con las relaciones sociales capitalistas en sentido clásico.

Continuando con esta reflexión, Adorno critica el término de “sociedad industrial”, que sugiere de manera simplista que “la sociedad deriva directamente del nivel de las fuerzas productivas, independientemente de las condiciones sociales de las mismas”¹³⁴. En este momento toma el contrapunto de la tesis de la autonomía de la técnica y señala que es necesario “renunciar a la dirección en la que la crítica se limitaba a culpar a la tecnología”¹³⁵:

“Contraoponer las fuerzas productivas a las relaciones de producción, polarizándolas simplemente, es fragilizar la teoría dialéctica. Los dos momentos se entrecruzan; uno contiene al otro. Es justamente esto lo que incita a recurrir únicamente a las fuerzas productivas allí donde las relaciones de producción toman ventaja. Más que nunca las fuerzas productivas están mediatizadas por las relaciones de producción; de manera tan completa que quizás sea precisamente por ello por lo que estas últimas aparezcan como la esencia; verdaderamente se han transformado en segunda naturaleza”¹³⁶.

Unas semanas después de la muerte de su amigo, Horkheimer reconstruye en 1970 la historia de la evolución de su reflexión desde finales de los años 1920. Se produce aquí una identificación total con las reflexiones de Pollock de 1955:

“Vemos hoy el futuro de la sociedad de una manera bien diferente de aquella que comenzamos a ver en nuestra época. Hemos llegado a la convicción de que la sociedad va evolucionando hacia un mundo totalmente administrado; que todo va a ser resuelto, ¡todo! Y precisamente entonces habrá llegado el momento donde los hombres dominaran la naturaleza, donde cada uno tendrá suficiente para comer, donde unos vivirán mejor o peor que otros, pero todos vivirán bien y agradablemente. Entonces, que uno sea ministro y otro solamente secretario, no tendría ninguna importancia, porque finalmente, todos seríamos iguales. Sería posible resolverlo todo automáticamente, ya se trate de la administración del Estado, de la circulación o del consumo. Se trata de una tendencia inmanente al desarrollo de la humanidad”¹³⁷.

¹³⁴ Ibid, pág. 97.

¹³⁵ Ibid, pág. 94.

¹³⁶ Ibid., págs. 97-98.

¹³⁷ Horkheimer, “La Teoría crítica ayer y hoy”, en *Teoría crítica*, op. Cit, p. 359

Para Adorno, en la sociedad postliberal, las relaciones de producción continúan predominando sobre las fuerzas productivas. No se produce un primado de la técnica, como sostenía Ellul, sino de la política, porque estas relaciones de producción se interpretan con frecuencia como mediatizadas por el Estado, a pesar de que el mercado siga estando presente al margen. Ellul y Adorno tienen indudablemente puntos en común en este nivel, en el que las lógicas y tecnologías industriales se extienden más allá de la producción a la administración, al consumo, al ocio o a la cultura. Mientras que Adorno y Horkheimer remiten el primado de la política a la dominación de una clase humana que dirige el “mundo administrado” con los medios de la razón calculadora, de la técnica o de la administración, ..., Ellul, sin embargo, no defiende la supremacía de la política, porque piensa que la técnica puede desestabilizar la esfera de la política. Esta última ha quedado reducida a simples problemas técnicos generados por el sistema tecnológico y gestionados por técnicos e ingenieros. Problemas que la libre elección de los representantes políticos a través de la soberanía democrática del pueblo no controla (cf. *La ilusión política*). Mientras que Ellul alega la autonomía de la técnica, Adorno rechaza esta tesis y devuelve la técnica a la supremacía de la política. Estas relaciones de producción mediatizadas por el Estado y el mercado son las que atrapan todavía a la técnica. Con el tiempo, se puede decir que Ellul se acerca a la posición de Adorno, incluso si reduce la cuestión de las relaciones entre técnica y economía a la cuestión de los costos de la primera. Adorno, por el contrario, defiende una visión más amplia y general de esta relación, aunque no llegue a identificarla.

Traducción del francés de M^a Dolores Martín-Consuegra Martín-Fontecha